

25-9-67

Teleexpres



Temperatura máxima de ayer: 25'6 grados, a las 14 horas. Temperatura mínima de hoy: 20 grados, a las 6'30 horas. Humedad: 80 por ciento, a las 10 de la mañana. En Cataluña. Máxima 35 en Camarasa. Mínima 6 en Estangento. Previsión regional para esta tarde y noche. Buen tiempo, en general, aunque algo nuboso por el litoral.



Banderas de «Festa Major»

«La ciudad se ha vestido con sus mejores galas» y, tal como reza el tópico, ondearon muchas banderas para celebrar las Fiestas de la Merced. Banderas de dos y cuatro barras, así como el cuadrante barcelonés, fueron colocadas en balcones oficiales y privados. En el balcón principal del «Palau» de la Música, como ya hace unos meses durante la «festa major» del Círculo Catalán en Madrid, allí, en la calle Marqués del Riscal, ondeó la bandera catalana que, junto con la nacional, vemos en la fotografía (Fotos Postius)

LO QUE VIMOS AYER Y USTEDES VERAN HOY

Esta noche, concierto de música sacra por el «ORFEO CATALA»

A la izquierda del escenario, una fecha esculpida dentro de una simbólica corona de laurel: diez de abril de 1905. La de la colocación de la primera piedra del Palacio de la Música; de esa impresionante construcción de la época modernista, que el arquitecto Domènech y Montaner, concibió como un gran bosque a la hora del crepúsculo. El crepúsculo, representado a través de los cristales rojos.

Casi exactamente sesenta y un años después —faltan sólo cinco días para

prueba. Por eso, no deja de sorprender a los orfeonistas verle así. El maestro corresponde con una simpática sonrisa, la acogida que le dispensan todos.

«Estamos dentro» dirá el regidor. Y las cámaras se disponen a trabajar. En uno de los palcos, está Albiñana, el encargado de la iluminación, factor muy importante para el logro perfecto del programa.

Se produce un gran silencio. Todo a punto y previamente cronometrado. Exigencias de la Televisión. Dos minutos y

gas ha durado exactamente los dos minutos y medio, previstos.

Luego vendrá el «Canticum amoris» de Luis Millet, con acompañamiento de órgano. Al órgano, el maestro José María Ramón. Seguidamente, «In Paradisum» de Luis Millet, «O vos omnes» —la audición más extensa: seis minutos— de Vitoria; «Gradual y Benedictus de la Misa Pro Defunctis», también con órgano, de Donostia; «O magnum mysterium», de Francis Poulenc y, finalmente, «Ave María» de Joaquín de Pres, ésta con cinco minutos y medio de duración.

En los rótulos —paréntesis entre las audiciones— y con voz en «off» (la voz de Juan Lluch) el Santo Cristo; Alfonso el Sabio, la imagen de la Virgen de Montserrat; el Monte de los Olivos, el busto del maestro Millet, fundador del «Orfeo», la fotografía de su hijo, el director actual del mismo; la de Donostia, la de Poulenc... Y la Asunción, el Desenclavo, el atril de los Angeles.

Se ha iniciado la grabación a las doce menos seis minutos. A las doce y treinta y uno, termina.

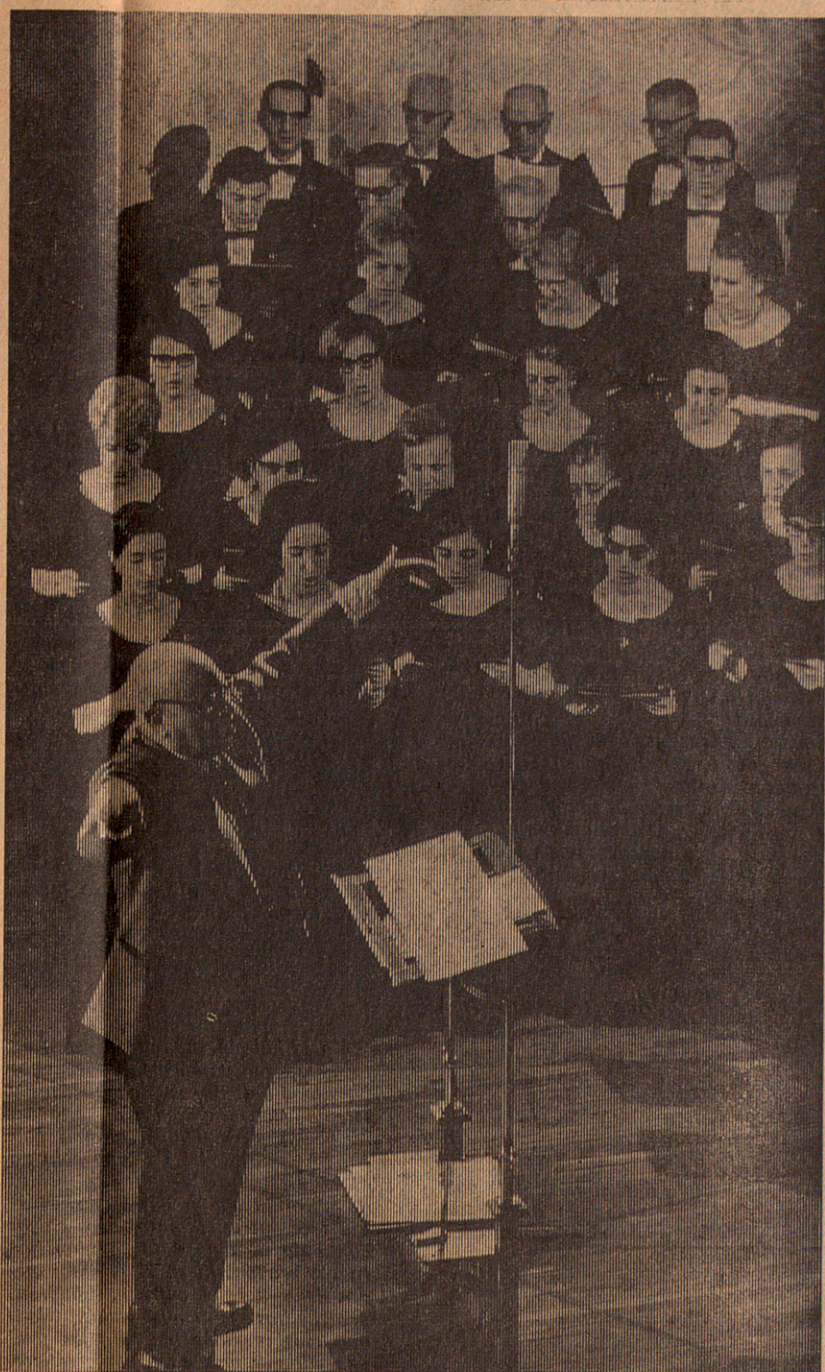
—Treinta y siete minutos —comprueba el señor Cubeles.

Los cantantes se disponen a marcharse. Pero no ha llegado este momento todavía. Hay que comprobar si todo ha quedado bien. De lo contrario, habría que repetir. Se inicia el suspense. Pero quien lo anuncia está tranquilo. Sonríe, feliz. Y ello lo demuestra. Tiene la esperanza, por no decir la certidumbre, de que todo habrá quedado perfecto.

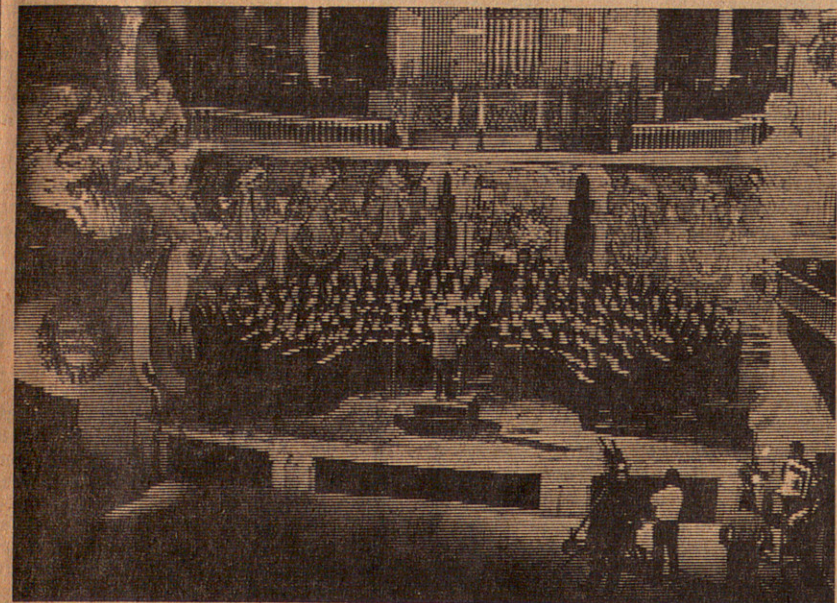
Esta es la palabra. «Perfecto». Lo dice Eugenio Pena un cuarto de hora después, dirigiéndose al maestro Luis María Millet, desmaquillado ya. Y dirigiéndose también a los solistas que se hallan desparramados por las butacas y los palcos, hablando animadamente entre sí. Sonríen todos satisfechos.

Ustedes, señores y señoras, esta noche, a las once y cuarto, podrán admirar, en la pequeña pantalla al «Orfeo Català», cuyo director, el eminente maestro don Luis María Millet, les saludará respetuosamente, con una inclinación de cabeza, al término de su magnífica labor.

José M. LLADO



Otro aspecto del ensayo del «Orfeo» para el «Concierto de Música Sacra» que ofrece hoy Televisión Española. (Fotos Postius)



Las cámaras de televisión se proyectan sobre el prestigioso «Orfeo Català». Se trata del ensayo. El maestro Millet viste aún americana gris

que se cumplan— allí están las cámaras de Televisión Española. Están ya desde el lunes. Porque se trata de realizar un programa extraordinario de música sacra, interpretada por esa prestigiosa masa coral, el «Orfeo Català», creado por los inolvidables maestros don Luis Millet y don Amadeo Vives. Un programa que podrán ustedes admirar esta noche del miércoles, a las once y cuarto, a través de la pequeña pantalla.

El pasado viernes, a las diez y media de la noche, se efectuó un ensayo. Y anoche, también a las diez y media, el segundo. Ciento sesenta cantantes. Entre ellos, doña Pilar Roca, la veterana, que ingresó en la sección de niñas del «Orfeo» el año 1896. Hace pocas semanas se cumplieron sesenta años de su incorporación al mismo.

MAQUILLAJE Y ENSAYO

Larga y minuciosa tarea para las maquilladoras que, bajo la dirección de Margarita Llopert, improvisaron su departamento en una de las dependencias del «Palau». Todos los cantantes —ellas y ellos— se someten a la prueba, insólita para la mayoría. El maestro don Luis María Millet formula algunas reservas:

—No sé, no sé... En todo caso, ya me maquillarán después. Cuando la cosa vaya en serio.

Lo dice porque, de momento, se trata de un ensayo. Pero Eugenio Pena, director y realizador del programa, está tranquilo. Confía plenamente y con legítima razón en el «Orfeo Català». Lo mismo que el maestro don Rafael Ferrer, que le acompaña en la cabina de dirección, instalada en el camión que se halla en el vestíbulo. El Maestro Ferrer ha cuidado, esta vez, del texto con los comentarios a las diversas obras interpretadas, que son siete.

Poco después de las diez y media, ante la sala casi totalmente vacía —sólo los familiares de algunos solistas del «Orfeo» en las butacas, y en los palcos, los técnicos de Televisión Española— forman en el escenario los ciento sesenta cantantes. Al fondo, la «senyera» del «Orfeo». La gloriosa «senyera», bordada por doña Pilar Roca, que también se halla allí, de pie, dispuesta a cantar, a sus ochenta y tantos años.

Ellas, con traje largo, negro, y guante blanco. Ellos, de smoking. El maestro don Luis María Millet, para el ensayo, pantalón negro y zapatos de charol, pero americana gris.

Se procede al ensayo, que termina poco antes de las once y media. Habrá media hora de descanso. Y el ensayo, perfecto.

DESPUES DEL ENSAYO

Eugenio Pena sale de su puesto de trabajo, con la chaqueta sobre uno de sus hombros. Nos reunimos, en el bar, con él y el maestro don Rafael Ferrer. Los dos están tranquilos porque todo marcha bien. El prestigio del «Orfeo Català» puede mucho. Es decir: lo puede todo.

—¿Ha sido difícil tu labor? —le preguntamos a Eugenio Pena.

—De mucha responsabilidad, desde luego. Porque, no se trata de reflejar el clásico coro cantando, sino de expresar el estado de ánimo que yo siento por cada audición, reflejando al mismo tiempo, tanto la grandeza del «Orfeo» como el marco en que éste se desenvuelve.

—¿Alguna dificultad especial?

—En todo caso para las dos últimas piezas, porque existe en ellas una gran variedad de voces.

—¿Has tenido que someterte a una minuciosa preparación?

—Desde luego. Tres semanas de estudio. Y hoy, llevo muchas horas aquí. Desde las tres de la tarde. El equipo móvil lo tenemos desde el lunes.

Eugenio Pena y el maestro Ferrer vuelven a la cabina de dirección. Allí está también Rosario Hernández, la ayudante de dirección.

LA GRABACION

A las doce menos cuarto, empieza la movilización otra vez. Le ha llegado el turno al maestro don Luis María Millet. De momento, el turno de maquillaje. Insiste en sus anteriores reservas.

—Nunca me habían maquillado —dice. Margarita Llopert lo tranquiliza. Y el maestro Millet se deja maquillar, pacientemente. Viste ya el frac. Ha cogido la americana gris.

Cuando aparece ante el atril, maquillado, se oyen las exclamaciones jubilosas, simpáticas, cariñosas, de los ciento sesenta cantantes. Tenía razón don Luis María. Nunca había soportado aquella

EL ORFEÓ DEBUTA EN TV

**EN LA
GRABACION
DE ANOCHE
HUBO
EMOCION Y
BUEN HUMOR**

Anoche, desde el escenario del Palau de la Música, sesenta años de historia —cifrados en las musas de mosaico de Doménech y Montaner y en el retrato del otro Millet, «el viejo», depositado en un atril— contemplaban las cámaras. Por primera vez, el glorioso Orfeó Català irrumpirá en la pantalla pequeña. Los técnicos de Miramar grabaron un bellissimo concierto de música sacra, que hoy llegará a millones de hogares españoles. Era también la primera vez que el maestro Luis María Millet se sometía a la servidumbre del maquillaje... Sus orfeonistas, al verle, prorrumpieron en exclamaciones de alborozado buen humor.

(Información de José María LLADO en página 16. Fotografías de POSTIUS)



Telexpues 6-4-66

obra.

HOMENAJES A MORERA

LOS programas dedicados a Morera, que van proliferando, como muestra de fidelidad del país a uno de sus más entrañables músicos, nos ayudarán a progresar en la definición de esta típica personalidad de la Cataluña modernista.

El Orfeo Català celebró una primera sesión de homenaje al compositor que, en vista del inmenso éxito popular obtenido, será ampliada el próximo día 8. El Orfeo, vibrantemente dirigido por Luis Maria Millet, cantó hacia el principio algunos de los conocidos arreglos de Morera sobre canciones populares catalanas. «Sota de l'om» y «Sant Ramon» conservan su vigencia. En las piezas originales, el paso del tiempo se deja sentir, a veces más por causa de los textos que de la música. Pero las sardanas que han hecho la gloria de Morera, y sobre todo las que llevan palabras de Guimerà o de Maragall, siguen obteniendo un efecto infalible.

Selino

* MUSICA

Extraordinario concierto por el «Orfeo Català» en homenaje al maestro Enrique Morera

Indiscutiblemente el maestro Enrique Morera debe ser considerado como una de las preeminentes personalidades musicales de nuestros lares.

En las múltiples actividades artísticas que, con tan entusiasta dedicación y evidente eficiencia desarrolló en el transcurso de su existencia terrenal, el insigne maestro mostróse uno de los más firmes adalides del renacimiento de nuestro característico arte musical.

Tonalidad nacionalista asignó a su magna obra artística, en cuya realización conquistó señalados triunfos el maestro Morera. Fue magistral catedrático de la dirección, composición y pedagogía musicales.

Por lo que se refiere a su obra de compositor —imponente serie de composiciones de diversos géneros recoge el índice de su producción musical: obras para voz solista y piano; corales (originales, y populares armonizadas para conjunto vocal); instrumentales; sardanas para còblla y para coro; obras para la escena lírica, entre las cuales, «La devoción de la Cruz» (estrenada en el Teatro Tivoli de Barcelona) y las óperas «Emporium», «Bruniselda», «Tassarba» y «Titayna», estrenadas en el Gran Teatro del Liceo— cabe consignar que, en el dictado de sus características sardanas y obras corales dejó constancia, al máximo, de su inspirado ingenio, atestiguó la posesión de vigoroso temperamento artístico el maestro Morera. En todas estas populares composiciones priva un subjetivismo lírico agudamente sentimental.

En homenaje al maestro Morera —con motivo del centenario de su nacimiento— el «Orfeo Català» de-

dicó el concierto celebrado el pasado domingo en el Palacio de la música, que constituyó una manifestación coral de superior calidad artística.

En el transcurso de las partes segunda y tercera de este emotivo concierto-homenaje nuestra primerísima institución coral, bajo la competente dirección del maestro Luis María Millet, ofreció unas modelicas interpretaciones de seleccionadas obras originales de Enrique Morera. En estas expresivas acciones declamatorias quedaron atestiguados: la mística fisonomía de «Ave María»; los cordiales lirismos de «Sant Ramon»; el dramático planteamiento discursivo de «Remordiment» —en las interpretaciones de estas obras actuó de solista vocal la excelente soprano María A. Miró—; las festivas expansiones vocales de «Himne de l'arbre fruiter» —en cuya audición fue tenor solista el prestigioso cantante Gayetano Renom—; y el exultante proceso discursivo que presenta «El poema de la nit i el dia i de la terra i de l'amor».

Atendiendo las indicaciones traeductivas fijadas por el maestro Millet, los cantores, actuando también en perfecta conjunción vocal y sensitiva, presentaron unas vibrantes interpretaciones de las sardanas «Empordà i Rosselló», «La cançó nostra», «Les neus que es fonen» y «La nostra verema». Ante las entusiastas demostraciones admirativas que les prodigó la numerosa concurrencia de filarmónicos —que atendió el maestro Millet mostrando en alto las partituras de Morera— hubieron de ser visadas buen número de las obras programadas e interpretada «La sardana de les monges». A. CATALÀ

En el Palacio de la Música

FERVOROSO HOMENAJE A ENRIQUE MORERA POR EL «ORFEO CATALÀ», DIRIGIDO POR EL MAESTRO LUIS M. MILLET

Un lleno imponente registró el Palacio de la Música en la tarde de ayer con motivo de celebrarse el concierto de homenaje del «Orfeo Català» a Enrique Morera, en el centenario de su nacimiento.

Una audición coral es justamente lo más adecuado para evocar la figura de aquel gran maestro, que tanto contribuyó al renacimiento de la lírica popular catalana, mediante la composición de canciones y sardanas nacidas al calor de aquella sociedad por él fundada con el título de «Catalunya Nova», que dio su primer concierto en la noche del 7 de marzo de 1896, en el «Ateneo Barcelonés». En cuanto a su vinculación con el «Orfeo Català», merece recordarse que cuando Enrique Morera regresó de Bruselas, después de uno de sus viajes al extranjero (pues pasó unos veinticinco años fuera de España), Luis Millet y Amadeo Vives, que acababan de fundar nuestra gloriosa entidad coral, le explicaron sus proyectos y Morera se interesó vivamente por los mismos, decidiéndose a armonizar algunas canciones populares que aquéllos le entregaron. Y si bien Morera mantuvo una actitud de bastante independencia cerca de la labor de nuestra agrupación coral, no dejó de mostrar su admiración hacia la misma, como se hizo patente cuando propuso que se dedicara una fiesta en honor del «Orfeo Català», por el gran éxito alcanzado al in-

terpretar la «Gran Misa» de Bach. Lo que pasa es que Enrique Morera tenía su «carácter». Y como nosotros no le conocimos, nos parece oportuno citar la semblanza que de él hizo Juan Llongueras (el inolvidable compositor, maestro de coros, poeta y autor dramático) en su libro «Evoecaciones y recuerdos de mi primera vida musical en Barcelona»:

«El maestro Morera era alto y arrogante, ostentaba una gran melena despeinada... Sus facciones eran vigorosas y enérgicas y sus movimientos impetuosos y apasionados. Se adivinaba en él una extraña mezcla de niño y de salvaje. Era tenaz e irreductible. Estaba convencido de que no existía en Cataluña otro músico como él. Hablaba siempre persuadido de que tenía razón y apretaba los dientes cuando decía alguna frase agresiva. Era un hombre todo de una pieza. Una personalidad fuerte y característica. Yo le admiraba.»

El maestro Luis María Millet, con su talento conductor y su fervoroso entusiasmo de siempre, obtuvo ayer tarde del «Orfeo Català» unas interpretaciones emocionantes, cautivadoras en matiz y sentimiento, y dentro de una perfecta homogeneidad de conjunto. La primera parte estuvo integrada por música coral religiosa, con la «Cantiga n.º 60» de Alfonso el Sabio, dedicada a la Virgen de Montserrat, y diversas pa-

ginas del P. Donostia, P. Victoria, Joaquín des Pres, Luis Millet y del propio Luis María Millet, cuyo «Himne a la Verge de l'Alba» (patrona de Tàrraga), con sus sonos majestuosos, alternando con matices de conmovedora delicadeza, hubo de ser repetido ante la insistente ovación.

Las otras dos partes fueron dedicadas exclusivamente a Enrique Morera, de quien se interpretaron las canciones «Ave Maria», «Sant Ramón» (estas dos, con depuradísimas intervenciones solistas de la soprano A. Miró de Morell); «Remordiment», «Himne de l'arbre fruiter» (con letra de Maragall, dedicado, como es sabido, a la «Fiesta del Arbol Frutal» instaurada por el gran tenor moyanés Francisco Viñas); y «Poema de la nit i el dia i de la terra i de l'amor» (fragmento final). Subrayemos que «Sota de l'om» (letra de J. Llongueras) y el citado himno —con Cayetano Renom de emotivo solista— merecieron los honores del «bis» ante las prolongadas aclamaciones.

La emoción de este gran concierto vocal culminó al interpretar los simpáticos «cantaires», siempre con los mayores aciertos en matiz y ejemplar equilibrio, cuatro bellísimas sardanas de Morera: «Empordà i Rosselló», «La cançó nostra», «Les neus que es fonen» (letra de Guimerà), que se daba en primera audición por el «Orfeo Català», y «La nostra verema». Los entusiásticos aplausos y «bravos» provocaron nuevas repeticiones.

El maestro Millet agitó en alto las partituras de Morera e hizo salir, para que compartieran las ovaciones, a los subdirectores del «Orfeo» maestros J. Tomás y J. J. Llongueras, y al maestro José María Roma, magnífico en sus intervenciones al órgano.

Manuel R. de Llauder

*CRÍTICA de MÚSICA

EL «ORFEO CATALÀ» EN EL
HOMENAJE A ENRIQUE MORERA

Los actos de homenaje al maestro Morera, con motivo del centenario de su nacimiento, vienen sucediéndose si no con la trascendencia pública que merece la significativa personalidad del compositor, sí con el respeto y el cariño de quienes no pueden olvidar lo que Morera representó en la música catalana.

El «Orfeo Català», que tantos éxitos ha conseguido con obras de Enrique Morera, no podía estar ausente de esta conmemoración por dos razones: la primera, de afecto del propio «Orfeo Català» por la obra de un músico de Cataluña, y la segunda porque sin la colaboración de nuestro «Orfeo» cualquier homenaje a Morera carecería de la auténtica vibración popular.

Ayer, con el Palacio de la Música rebosante de un público adicto, fervoroso en la audición y entusiasta en el aplauso, el «Orfeo Català» dedicó la segunda y tercera partes de su programa a solemnizar el centenario del nacimiento de Enrique Morera, programando —que es la mejor manera de rendir homenaje a un autor— varias de sus obras corales. Ni una localidad vacía, ni un espacio libre, y en las voces humanísimas —con humanidad que trasciende y contagia— del «Orfeo Català», la música de Enrique Morera, viva, pujante, inmarchitable, eternamente fresca, sincera y noble, constantemente bella.

Un profundo «Ave María», la deliciosa armonización de la melodía popular «Sant Ramon», la alegre y sutil de «Sota de l'olm», la original y dramática «Remordiment», el cálido «Himne de l'arbre fruiter» y un fragmento del «Poema de la nit i del dia i de la terra i de l'amor», en la primera parte del homenaje, y las exquisitas sardanas «Empordà i Rosselló», «La cançó nostra», «Les neus que es fonen» y «La nostra verema», en la segunda, fueron interpretadas magistralmente, con una entrega, un ardor, una plenitud y un entusiasmo impresionantes, por el «Orfeo Català». Conducido firmemente, con autoridad, dominio y precisión que emanaban del persuasivo gesto del maestro Millet, el «Orfeo Català» cantó con esa seguridad, ese equilibrio sensual de cuerdas, con una emoción vivísima, con una perfección de empaste y de ataques tan inconfundiblemente suyos. Arrolladores en la fuerza de unos «fortes» contundentes, íntimos, casi, en el encanto de unos «pianissimos» maravillosos, los maestros cantores del «Orfeo Català» se entregaron alegremente —con la alegría de quien se sabe en posesión de todos los medios para triunfar— a la hermosa tarea de cantar mucho y bien.

Antes en la primera parte, el éxito del «Orfeo Català» se cimentó en unas interesantes y bellas composiciones de Alfonso el Sabio, Lluís Millet, P. Donostia, Victoria, Joaquín de Pres y Lluís M.^a Millet, de quien hubo de bisarse un «Himne a la Verge de l'Alba».

Al término de cada versión, las ovaciones premiaban calidad interpretativa, si que también la permanencia vigente de la música de Enrique Morera, muchas de cuyas obras programadas hubieron de repetirse, ampliándose el programa con la interpretación modélica de «La sardana de les monges», recibida con alborozados aplausos.

Los magníficos orfeonistas, los solistas Maria Angels Miró y Gaietà Renom y los maestros Lluís M.^a Millet, Juan Tomás y José J. Llongueres, recibieron al final del concierto el emocionado homenaje del numeroso concurso.

Juan ARNAU

Música



El "Orfeó Catalá" rindió homenaje a Enrique Morera

Este año son muchas las entidades musicales y filarmónicas catalanas que conmemoran con audiciones de sus obras y otros actos, el centenario del nacimiento de Enrique Morera, que vino a este mundo el 22 de mayo de 1865 y nos dejó el 12 de marzo de 1942, legándonos sus inspiradas creaciones líricas, instrumentales y corales, sus preciosas canciones, sus inimitables sardanas, su fecunda labor de pedagogo y su ejemplo de laboriosidad y de amor a la verdadera música.

La más excelsa y representativa de nuestras agrupaciones corales, el «Orfeó Catalá», no podía estar ausente de este homenaje colectivo al gran músico y le ha rendido el suyo, fervoroso y cálido, en el Palacio de

la Música, que registró un lleno desbordante.

Acuparon la primera parte la *Cantiga núm. 60* de Alfonso el Sabio y diversas composiciones religiosas de Millet, P. Donostia, Josquin de Pres y Luis María Millet; la de éste último, *Himne a la Verge de l'Alba*, hubo de ser repetida.

En la segunda parte fueron interpretadas varias obras de Morera; *Ave María*, canciones populares catalanas, *Remordiment*, el vibrante *Himne a l'arbre fruiter* y en primera audición un fragmento intensamente poético y fragante de *El Poema de la nit i el dia i de la terra i del amor*, sobre versos de Juan Llogueres. En estas bellas páginas, en las que aparecen el nervio, la originalidad, el aroma catalán y sobre todo el hondo sentimiento de la inspiración de Morera, intervinieron los admirables solistas María Angeles Miró, soprano y Cayetano Renom, tenor, que fueron muy aplaudidos.

La tercera y última parte estuvo dedicada a sardanas corales de Morera, que hubieron de repetirse casi todas, una de ellas, la titulada «Les neus que es fone», en primera audición. Cada una de las piezas fue subrayada con vibrantes e inacabables ovaciones mientras el maestro Luis María Millet mantenía en alto las partituras, en señal de que era a ellas a las que debían tributarse los aplausos.

Es obvio decir que las interpretaciones fueron modelo de perfección y delicadeza y de extrañable exquisitez, bajo la batuta precisa, exigente y altamente expresiva del maestro Luis María Millet y que tanto él como los cantores pusieron toda su alma al dar vida a las obras del llorado músico, maestro de muchos que hoy son maestros.

A. MENENDEZ ALEYXANDRE

MUSICA, TEATRO

LOS CONCIERTOS

EXITO DEL «ORFEÓ CATALÀ» EN EL HOMENAJE A MORERA

El centenario del nacimiento del compositor Enrique Morera, exigía una conmemoración dedicada a la música coral del maestro. Morera, autor de una vasta producción que abarca todos los géneros, en la música coral alcanzó la plenitud de su arte, en el que invariablemente se conjuntan el perfil sencillo de la canción popular con una vigorosa realización armónica y contrapuntística, que infunde carácter invariablemente personal a todas sus partituras.

El «Orfeó Català» ha rendido memoria a la más bella música de Morera; a sus poemas y a sus sardanas para voces mixtas, que el maestro Luis M. Millet, con evidente oportunidad, ha puesto de nuevo en un programa del «Orfeó», la entidad que a través de su larga y fructífera historia ha divulgado una obra tan significativa en el área de la música catalana.

El concierto, celebrado el domingo por la tarde, despertó el máximo interés y entusiasmo. Con el Palacio de la Música totalmente lleno y en un ambiente de fervorosa simpatía y admiración por los intérpretes y las obras programadas, la audición transcurrió subrayada por constantes ovaciones dedicadas tanto a las canciones más conocidas como a las que el público tenía menos presentes o ignoraba, pues no toda la obra de Morera ha sido refrenda por el público. En el catálogo del maestro figuran hasta veintiocho canciones populares armo-

nizadas y más de treinta corales, poemas y sardanas para voces mixtas. El «Orfeó» ha podido, pues, estructurar su programa alternando las piezas antológicas del maestro con algunas primeras audiciones de evidente interés.

Entre los poemas de mas fama, escuchamos «Remorament», bella melodía velada por la nostalgia, y el «Himne a l'Arbre Fruiter», que fue repetido, es típico, de estilo abierto y espontáneo de Morera.

Estas canciones fueron precedidas por una suave «Ave Maria» y dos armonizaciones populares de «San Ramón», la dedicada melodía que el compositor dio a conocer, por el transcrita, hace más de medio siglo, cuando presentó en el Ateneo Barcelonés su coro «Catalunya Nova», y el alegre «Sota de l'om», que también fue bisada.

La parte terminó con la primera audición del fragmento final del «Poema de la nit y el dia, de la terra y de l'amor», de especial riqueza armónica y de un lirismo profundo, y de intenso poder descriptivo.

Vino, después, la parte dedicada a las sardanas corales, lo mejor, a nuestro entender, de esta colección de partituras. Al estimulante «Empordà i Roselló» siguió «La canço nostra», «Les neus que es fonen», en primera audición —extraordinariamente lozana y clara de inspiración—, y finalmente, «La nostra vrema». Ante la insistencia y calor de los aplausos, se multiplicaron las repeticiones, que acrecentaron las manifestaciones de entusiasmo.

El programa había empezado con una parte dedicada a una serie de piezas polifónicas de tema religioso, escogidas entre las del repertorio clásico y las de moderna creación. Fue una delicia escuchar a los «cantaires» en una de las cantigas de Alfonso el Sabio y en motetes y otras obras de Millet, Donostia, Victoria, Joaquín de Pres y Luis M. Millet, de este último un vigoroso «Himne a la Verge de l'albas», unas estrofas del cual alcanzaron también la repetición. Tanto en estas páginas, de diversa intención, como en toda la música de Morera, la actuación del «Orfeó» fue admirable. El maestro Luis M. Millet, riguroso hasta el límite en lograr el equilibrio y afinación de la masa coral, había preparado todas las interpretaciones con tesón y exigencia máxima. El resultado fue unas versiones, de suma perfección técnica, animadas por la vehemencia de su dirección, luminosas, axultantes o tiernas, según el carácter de cada obra, transmitidas con extrema pulcritud y veracidad musical.

El éxito fue para todos; para Millet, los «cantaires» y los solistas A. Miró y Cayetano Renom, que en sus intervenciones valoraron los solos de algunas obras. También fue eficaz la colaboración del organista J. M. Roma.

Hubo constantes ovaciones, que, como hemos dicho, obligaron a repetir algunas interpretaciones. Con alegría constatamos que el «Orfeó Català» mantiene un público adicto, que ha manifestado inequívocamente, su entusiasmo por la labor de nuestra benemérita entidad, que acaba de añadir un nuevo triunfo a su glorioso historial. Pródigo en ellos.

X. MONTSALVATGE

TEATRO
BARCELONA

4 MESES DEL
MAYOR EXITO
COMICO DEL AÑO

NINETTE
Y UN
SEÑOR
DE
MURCIA

de
MIGUEL MIHURA

30 - X1- 67

TEATRO

En el Palacio de la Música

EL «ORFEO CATALA», DIRIGIDO POR LUIS M. MILLET. -- EL PIANISTA JOSE F. ALONSO Y LA ORQUESTA MUNICIPAL, BAJO LA DIRECCION DE RAFAEL FERRER.

Dentro de la eufórica actividad concertística de estos días, que apenas nos deja tiempo para hacer los oportunos comentarios, se clausuró anteanoche el ciclo de audiciones cuaresmales organizadas por el «Orfeo Catalá» y fue la propia agrupación coral la que se encargó de ofrecer al numeroso auditorio que llenó el Palacio de la Música un programa muy bien seleccionado y apropiado al momento, tan próximo a los Días Santos.

En verdad que el «Orfeo Catalá» ha llegado, merced a la disciplinada sujeción de los simpáticos «cantaires» a las inteligentes y cuidadas consignas directrices del maestro Luis M. Millet, a su máximo apogeo en expresión y técnica de las

voces, pues así lo demostró, para deleite de la concurrencia, a lo largo de todo el concierto. Canciones populares, en la primera parte, de Pérez Moya y Romeu, con un brillante remate: la inspirada y alegre sardana «La visió de la ginesta», del querido maestro Antonio Catalá, que se daba en primera audición por el «Orfeo», aunque su estreno absoluto se remonta al año 1925, en que fue interpretado, primeramente, por el «Orfeo Montblanquí» y después por el «Orfeo Gracienc», en el «Palau». La letra se debe a José Canangla Fontanilles, quien se inspiró en la «florida de ginesters que amb sa bandera de groc encès té enllunada tota la conca», cerca de la ermita de San Juan, de Montblanch,

¡Tres destinos de mujer en la película más esperada del año!



villa natal del poeta. Los acentos jubilosos y las exquisitas armonizaciones de la música de Catalá, que ha sabido captar con el mayor acierto en la expresión melódica aquel poético ambiente, hallaron perfecta plasmación en las bien conjuntadas voces mixtas del «Orfeo Catalá». Tan entusiásticos e insistentes fueron los aplausos, que tras reclamar el maestro Millet la presencia del autor en el hemicíclio, la triunfal sardana hubo de repetirse, bajo la dirección del propio maestro Catalá.

La segunda y la tercera parte fueron integradas exclusivamente por obras de música religiosa. Hubo cinco primeras audiciones: «Quomodo sedet sola» («Jeremías»), de J. Pahissa, que se revela aquí maestro en el contrapunto al servicio de una buena conjugación de las voces: «Oració per obtenir l'amor» del «Tríptico franciscano», del padre Donostia, muy hábil en la adaptación del canto litúrgico antiguo a la armonía sinfónica actual. Siguiéron dos páginas excepcionales de ese inspiradísimo compositor que fue F. Poulenc. Especialmente la primera, «Senvor, jo us prego», de «Quatre petites prières de Saint Francisque», verdadera maravilla de delicadeza expresiva, nos arrebató por la fluidez extraordinaria con que fue interpretada por las voces masculinas, que consiguieron una suavidad de emisión modelica, en verdad. Hubo de repetirse ante los clamorosos aplausos. Fue la otra canción religiosa de Poulenc, «Oh, magnum mysterium», ya conocida y que fue igualmente muy celebrada.

Tras dos obras conmovedoras de Pérez Moya, «Sursum» y «El camí de Siena» —quizá la más importante delorado maestro, como dice José J. Llongueres en el programa—, se dio, también en primera audición, el madrigal «Mejor es sufrir» de Juan del Encina, el famoso poeta y músico de Cámara del primer duque de Alba (a quien dedicó sus «Eclorag»), según la inteligente transcripción de J. Pahissa. Y por última se interpretaron «Tres canciones de Charles d'Orleans» de Debussy, una de ellas con carácter de estreno por el «Orfeo». «Quan he sentit el tambori». Deliciosas estas

canciones por la cautivadora sutileza de su ropaje armónico, y la última del programa, «Hivern, vós sou tort desplasent», que mereció los honores del «bis».

Todo el programa fue interpretado con los mayores aciertos en matiz y perfecto equilibrio, logrando el maestro Millet de sus «cantaires» la elevación espiritual requerida en las citadas obras de música religiosa. Subrayemos las depuradas intervenciones solistas de Sonia Albadejo y María de los Angeles Miró (sopranos), y de la joven contralto María Dolores Agell, que puso emotividad en la mentada canción de Debussy «Quan he sentit el tambori».

Con el maestro Millet, compartieron los aplausos los subdirectores, maestros J. Tomás y J. Llongueres, y el maestro José María Romá, magistral, como siempre, en sus acompañamientos de órgano.

Otro «lleno» en el Palacio de la Música, en la mañana de ayer, con motivo del concierto popular a cargo de la Orquesta Municipal, dirigida por el maestro Rafael Ferrer.

El interés de esta audición matinal, se había concentrado en el joven pianista José Francisco Alonso, encargado de la parte solista del «Concierto núm. 3 en do menor» de Beethoven. Nacido en Santander, en 1941, este artista del teclado, tras sus primeros estudios en el Conservatorio de Madrid y en la Academia de Santa Cecilia de Roma, ha completado su técnica pianística con Magda Tagliaferro, en París, y actualmente reside en Munich, donde estudia con Friedrich Wüherer.

José Francisco Alonso, en este su concierto de presentación en Barcelona, demostró poseer una técnica sólida, pulcra y muy cuidada, al servicio de una auténtica sensibilidad. Desde su inicial intervención en el «Allegro con brío» le apreciamos una

Manuel R. Llauder

La Prensa

5-4-65

★ MUSICA ★

EL "ORFEO CATALA" CLAUSURA SOLEMNEMENTE. LOS CONCIERTOS DE CUARESMA

El avatar de los conciertos de Cuarema, intentado este año, no se ha distinguido por una excepcional brillantez, considerado en conjunto. Ha habido aciertos y errores y si estos últimos tienen la virtud de dar realce a los primeros, hemos de agradecerles que hayan puesto de relieve la alta calidad de dos sesiones: la de la "Camerata Telemann", de Hamburgo y la del "Orfeo Català". El público, ni aún forzando las cosas los organizadores, no se ha mostrado muy propicio a acudir a estas convocatorias si se exceptúa la de nuestro "Orfeo". Conclusión: lo sucedido ha de servir de experiencia para revisar lo hecho y procurar superarlo en las próximas ediciones. Esta revisión la sintetizaríamos nosotros en dos puntos: menos "organizadores" y más calidad.

Cuando el "Orfeo Català" aparece en el estrado de su casa solariega, el "Palau", formado en hierático semicírculo; hombres y mujeres en pie, uniformados en negra etiqueta; al fondo la consola del órgano, con su tradicional chispazo bicolor de flores frescas y a la izquierda aquella romántica "senyera" ochocentista, colmada de homenajes, y sube al podio su director, este maestro cordialmente severo, que al empuñar la batuta se agiganta, como un águila que con la sombra de sus alas cubre todo un paisaje, toda la sala queda sobrecogida, fundida, ungida en un fervor musical auténtico; en una devoción estremecedora por la música eterna, por la música verdaderamente "joven", que es aquella que ha resistido los años y los siglos. Es una taumaturgia que solamente el "Orfeo Català" logra producir.

Así ha ocurrido, una vez más, en este concierto de clausura del ciclo cuaresmal. Hemos vuelto a escuchar esas canciones, unas populares catalanas y otras originales, de Pérez Moya, aquel inmenso "geyser" de armonías, puras e irisadas, cuya lógica fluidez, cuyo bello devenir, son un bálsamo para nuestro espíritu.

Hemos escuchado una breve oración de San Francisco de Asís, que Poulenc llevó al pentagrama deliciosamente, con el recogimiento y la sencillez del Santo "mínimo y dulce", como le llamara Rubén Darío, que hubo de ser repetida. Y "Oh magnum mysterium", motete de Navidad, también de Poulenc, sucinto, emotivo e intenso. De Romeu se nos han ofrecido la popular "Son vine, vine son" y un motete, con aquel sello inconfundible de poesía y serena construcción, tan suyos. Y otro motete de Juan del Encina, el maravilloso vate español de las "Eglogas", todavía en el umbral del Renacimiento, transcrito y armonizado por Pahissa, de mano maestra.

De este último se nos ha dado el motete "Quomodo sedet sola", cuyo sabor arcaico y religioso no descubre el revolucionarismo del discutido autor de la "Suite intertonal". Y del P. Donostia, una oración de San Francisco de Asís, muy parecida a la utilizada por Poulenc, realizada con el gregoriano "endurecido", típico de este inspirado compositor de música religiosa. Muchas de estas obras han sido ejecutadas en primera audición.

Asimismo en primera audición por

el "Orfeo Català", hemos oído "La visió de la ginesta", sardana del maestro Antonio Catalá, tan admirable por su lozana y catalanísima inspiración, como por su magistral arquitectura. Fue escrita en 1921; en febrero de 1925 la cantó en este mismo Palacio de la Música, el "Orfeo Montblanquí" y en marzo siguiente, el "Orfeo Gracienc", en el desaparecido teatro Eldorado. Esta vez, los aplausos fueron tantos, que el maestro Millet cedió la batuta al autor y éste dirigió el bis.

Cerró el concierto, una preciosa joya: la única obra polifónica de Debussy, que data de 1908: "Trois chansons de Charles d'Orléans". En ellas hay gracia, sutileza, intención, alada espiritualidad y una maravillosa filigrana constructiva, sobre todo en la segunda: "Quan he sentit el tamborí", interpretada ahora por primera vez.

Estas canciones y el poema "El camí de Siena" (Tomás Garcés-Antonio Pérez Moya), han sido, a nuestro juicio, lo más impresionante del soberbio programa. Las solistas Sonia Albaladejo y María de los Angeles Miró, sopranos y María Dolores Agell, contralto, trabajaron primorosamente y lucieron la exquisitez de su voz y su escuela.

El maestro Luis María Millet se superó a sí mismo, enfervorizando a los cantores y conduciéndolos con persuasiva elocuencia, a un verdadero cénit de perfección interpretativa, en la que la técnica y la emotividad se funden en un sólo vértice. En algunas obras intervino, con su maestría de siempre, el organista José María Roma.

El público ovacionó a todos y el maestro Millet, en unión de los subdirectores, maestros J. Tomás, J. J. Llongueres, maestro Roma, solistas y cantores, hubo de agradecer reiteradamente el entusiástico homenaje que se le tributó.

Menendez Alexander

TEATRO *

PALACIO DE LA MUSICA

EXTRAORDINARIO CONCIERTO POR EL «ORFEO CATALÀ» —QUINTO DE LA SÉRIE DE CUARESMA—, BAJO LA DIRECCION DEL MAESTRO LUIS MARIA MILLET

Con el extraordinario concierto celebrado el pasado sábado en el Palacio de la Música, el «Orfeo Català» dio término a la serie de manifestaciones musicales que, bajo el subtítulo de «Conciertos de Cuaresma» tuvieron efecto en nuestra primera sala de audiciones musicales.

Por muchos conceptos, hizo acreedora al calificativo de insuperable esta manifestación coral ofrecida por nuestro glorioso «Orfeo»; así por el programa seleccionado para su realización como por las admirables acciones interpretativas, que constituyeron convincente testimonio de las múltiples posibilidades declamatorias y sonoras que puede practicar el coro «a capella».

La primera parte de esta extraordinaria manifestación coral estuvo dedicada a la canción popular catalana. En su transcurso los excelentes cantores, atendiendo a las indicaciones expresivas fijadas por el maestro Millet, ofrecieron unas cautivadoras interpretaciones de «La nina bella», «El marideta», «La mal maridada», «La pastoreta» y «En l'enterro d'un nin», diestramente armonizadas para coro mixto por Antonio Pérez Moya, y «Son vine, vine son», armonizada por Mn. Luis Romeu, debiendo ser bisada la sentimental canción «En l'enterro d'un nin».

(A continuación fue ofrecida una vibrante interpretación de la sardana «La visió de la ginesta», original de quien signa estos comentarios. Cordialmente invitado por el maestro Millet, su autor dirigió la segunda interpretación de la obra.)

En la segunda parte del concierto rindióse tributo a la composición religiosa —concretamente a la forma «motete»—, en su más auténtica modalidad mística.

¡Qué maravilla de expresividades asignaron los cantores a sus matiza-

das interpretaciones de los inspirados motetes:

«Laudes et gratiae» —devota plegaria—, de Romeu; «Quomodo sedet sola», de Pahissa; «Oració per obtenir l'amor», de P. Donostia, y de los corales —profundamente religiosos— «Senyor, jo us prego» y «Oh, magnum mysterium», de Poulenc. Fue una delicia auditiva la interpretación armoniosa que ofreció la agrupación de voces graves de «Senyor, jo us prego», de cuyo motete hubo de ser ofrecida una nueva interpretación.

Seguramente estos inspirados motetes los compusieron sus autores recordando los grandes maestros del Renacimiento musical.

En las expresivas dicciones de las obras inscritas en la tercera parte del programa presentadas por la institución coral, llevando al frente de sus acciones traductivas a su insigne director, la interpretación musical también privó por lo alto. Así quedó de relieve el poemático plantamiento de «El camí de Siena», de Pérez Moya, el clásico estilo del madrigal «Mejor es sufrir», de Juan de Encina —transcripción de Pahissa— y la fisonomía «impresionista» que presentan las características canciones: «Quan he sentit el tamborí» e «Hivern, vos sou fort despiant», de Debussy.

En las audiciones de algunas obras actuaron de solistas vocales: Sonia Albaladejo, María de los Angeles Miró, sopranos; María Dolores Agell, contralto; J. López Esparbé, barítono, y, al órgano, el maestro José María Roma.

Las entusiastas demostraciones admirativas prodigadas por los asistentes a este magnífico concierto, el maestro Millet las atendió desde el hemicycle, en unión de los subdirectores del «Orfeo», maestros J. Tomás y J. J. Llongueres, y de los cantores.

A. Català

del muy interesante ciclo de conciertos, cuyas audiciones anteriores lamentamos no haber podido comentar.

El Orfeo programó en su sesión seis primeras audiciones, entre las que destacaba la segunda de las canciones de Debussy sobre textos de Charles d'Orléans. Con ella completa nuestro estimado coro la incorporación a su repertorio de este magnífico tríptico, cuyas traducciones catalanas conven- dría mucho revisar. También ofrecía singular interés la presentación de la plegaria de San Francisco «Para obtener el amor», según concepciones de Poulenc y del padre Donostia. La primera, muy tierna, dio lugar a la mejor interpretación de la velada, a cargo de la sección masculina del Orfeo. La del padre Donostia es, dentro de su breve simplicidad, una de las páginas más intencionadas de su autor. Se estrenaba asimismo un mote- te de Pahissa, de bien conducida polifonía, aunque escasa- mente personal, en su tenden- cia neorrenacentista. El mis- mo compositor aparecía como responsable de los retoques in- troducidos en la música y en el texto de la bellísima can- ción de Juan del Encina «Más vale trocar placer por dolo- res» (Cancionero de los Re- yes Católicos), perfecta en su forma original. La exultante ingenuidad de una sardana de Antonio Catalá redondeó el capítulo de primeras audicio- nes, mientras que en el resto del programa se concedía una extensión preponderante a los hábiles arreglos de Pérez Mo- ya sobre canciones populares, y a su obra personal, en la que sobresale el ambicioso «Camí de Siena», por más que nos sea lícito preferir la es- pontaneidad presente en otras piezas corales de este añorado autor.

Y SCHNEIDERHAN

Sólo podemos hacer una bre- ve referencia a la actuación de este violinista, coincidente con el cierre del presente número. Escribimos bajo los efectos in- mediatos de la impresión que, en el Concierto en mi mayor de Bach y en el de Brahms nos ha causado la presencia direc- ta de un intérprete tan excep- cionalmente completo y equili- brado. En Schneiderhan concu- rren en alto grado todos los elementos que basan la tras- cendencia de un concertista: sonido, afinación, mecanismo, fraseo, expresividad. Pero lo que más impresiona es su sa- biduría y exactitud de estilo. El puesto de Schneiderhan no está entre los virtuosos, pese a su amplísimo dominio del instrumento, sino dentro de la rara categoría de los verda- deros intérpretes estilistas, co- mo Grumiaux o Gertler.

De a sus Pies

más agilidad,
salud y belleza
con el nuevo tratamiento



¡Es el más senci- llo! Para embe- llecer y rejuve- necer los pies, hágales un buen masaje con Crema Saltratos — antiséptica —. Le aliviará los pies cansados, suprimirá irrita- ciones y la piel blanquecina de entre los dedos desaparecerá, ci- catriza las ampo- llas. Comunica a la piel suavidad y finura; se le reforzarán los pies. La Crema Saltratos refres- ca los pies y elimina el olor mo- lesto de la transpiración. No mancha. En todas las farmacias. Doble efecto, si antes de un masaje con Crema Saltratos, se toma un baño de pies to- nificante con Saltratos Rodell.

ORFEO CATALA: SEIS PRIMERAS AUDICIONES

Un concierto del Orfeo Cata- lá cerró el ciclo de cuaresma organizado por la propia so- ciedad coral, en colaboración con las Juventudes Musicales. Esta colaboración de la enti- dad decana del país con la más joven, subrayada en la intro- ducción del programa impreso, ha sido quizá la particularidad más saliente y esperanzadora

Destino 10-A. 65

Vanguardia

MARTES 6 DE ABRIL DE 1965

MUSICA, TEATRO

LOS CONCIERTOS

El «Orfeo Català» quiere --y consigue-- renovar su repertorio tradicional

Terminaron los conciertos de cuaresma en el Palacio de la Música con una audición del «Orfeo Català» que dio a este final del ciclo la debida preeminencia. El maestro Luis M.^a Millet continúa manteniendo a la primera coral catalana en un buen nivel de perfección interpretativa, obteniendo un igual rigor musical en la traducción de las canciones derivadas de la tradición popular y en las obras de más alcance y complicada elaboración. Unas y otras estaban debidamente representadas en el programa de este concierto con el que el «Orfeo» puede haber inaugurado una deseable norma; la de celebrar todos los años en el tiempo cuaresmal una audición extraordinaria de música «a capella» de inspiración religiosa.

La canción popular fue escuchada a través de una glosa de Luis Romeu y otras cinco de Antonio Pérez Moya. Si éste no ha sido el mejor estilista de la melodía folklórica, sí que podemos considerarle como uno de los más hábiles. La sencilla y atrayente factura de las tonadas seleccionadas para esta ocasión lo acreditan. Su poema «El camí de Siena» denota que al margen de lo popular, Pérez-Moya dominaba suficientemente los recursos de la armonía coral para conseguir evocadores efectos con el lenguaje más asequible.

El estreno de «La visió de la ginesta», de Antonio Catalá, proporcionó un éxito a su autor, al que el maestro Millet cedió la batuta para que dirigiera la repetición de esta vibrante sardana, escrita con una riqueza de contrapunto y una exultancia lírica que entusiasmó al auditorio.

En la melodía de motivo religioso, el «Orfeo Català» se supera. El maestro Millet logra ceñir las voces de los cantantes a la espiritualidad de una música que no permite la entonación exultante, por la que el coro manifiesta una natural tendencia. En dos obras admiramos particularmente esta contención; en la recóndita, sencilla y penetrante belleza de la «Oració per obtenir l'amor» del padre Donostia que se ofreció en primera audición y en otro estreno, el madrigal de Juan de Encina transcrito por Pahisa «Mejor es sufrir», que es una emocionante evidencia de la altura a la que llegó la polifonía española en el siglo XVI.

Siempre resulta sorprendente no encontrar en la música de los impresionistas franceses la expresión sofisticada. Aunque el más sutil refinamiento es la característica tanto de la «Petite prière de Saint François d'Assise» —otra primera audición— y del motete «Oh magnum misterium», de Francis Poulenc, el lenguaje de estas dos piezas deliciosas es claro, espontáneo y equilibrado. Admira esta sinceridad con que Poulenc compuso sus pequeños poemas corales sin negligir las particularidades de una expresión personalísima que les confiere un auténtico valor representativo.

Lo mismo podríamos decir de las canciones de Charles d'Orléans a las que puso música Claude Debussy. Aunque el tema de las mismas no es específicamente religioso, difiere de los habituales motivos que Debussy adoptó para su música vocal. Las imágenes son de una bucólica opalescencia que trasciende en la gracia elegante de una armonía que nos aproxima al mensaje renovador del significativo Verlaine, Villon o Baudelaire.

La comprensión de estas obras, la fusión de las voces sujetas a una afinación irreprochable y la obtención de múltiples matices de timbre fueron nuevas conquistas del «Orfeo Català» que el maestro Luis M.^a Millet, con su eficaz dirección puso en evidencia a lo largo de todo un programa aplaudido con

igual fervor y unanimidad por un público numeroso que no dejó de manifestar su adhesión a nuestra primera entidad coral.

X. Montsalvatge

Hoja Lunes - 5-4-65

Los conciertos de Cuaresma organizados con la colaboración del Orfeo Català y Juventudes Musicales, terminaron el pasado sábado, en el Palacio de la Música, con uno a cargo del Orfeo Català, en el que el maestro Luis Millet dirigió a los «cantantes», numerosas obras polifónicas de carácter popular y religiosos, algunas en primera audición, que recogieron los aplausos enfervorizados del numeroso auditorio que concurrió a esta velada. Se sucedieron las ovaciones a director y solistas, motivando algunas repeticiones. Estos fueron Sonia Albadalejo, María Angeles Miró y María Dolores Agell, interviniendo también el maestro José María Roma, en el órgano.

El éxito de estos conciertos nos anima a desear que no quede en un simple ensayo, y que en años sucesivos, por esta época, podamos asistir a interesantes manifestaciones musicales, apropiadas a la época de su celebración.

El Patronato Pro Música de

VIDA MUSICAL

Palacio de la Música

Concierto homenaje a la memoria de los insignes compositores Mn. Luis Romeu y Antonio Pérez Moya, por el «Orfeoó Catalá»

Verdaderamente fueron insignes maestros de la composición musical Mn. Luis Romeu y Antonio Pérez Moya.

Sus respectivas producciones musicales —copiosas y de superior calidad artística— las dedicaron a expresar religiosos sentimientos, a cantar las inquietudes anímicas que recoge nuestro rico folklore, en cuya acción hicieron gala de sus inspiradas fantasías. Han sido de primordial eficiencia sus aportaciones artísticas al renacimiento musical del terruño, a la exactación de los ideales de nuestra primerísima institución coral.

En reconocimiento a las admirables acciones musicales realizadas por los magistrales artistas el «Orfeoó Catalá» les dedicó un concierto-homenaje —que tuvo efecto anteayer en el Palacio de Música— para cuya debida celebración fue seleccionado un atractivo programa constituido exclusivamente por obras compuestas por los artistas homenajeados.

En la primera parte del concierto fueron interpretadas una serie de canciones populares catalanas, armonizadas para coro mixto: «Els fadrins de Sant Boi», «La nina i el moliner», «El maridet», «La nina bella», «La mal maridada», «La pastoreta», transcritas por Pérez Moya; «El desembre congelat», «Son vine, vine son», «Can a Betlem caminem», por Romeu. En la segunda parte de la artística sesión se interpretaron seis composiciones religiosas originales de Mn. Romeu, entre las cuales: «Pobret, pobrissó» (texto literario de J. Llongueres), el devoto motete, «Laudes et gratiae», y los «Gloria» de las populares Misas, «De la Ma-

re de Déu de Núria», y «del Roser»; y a continuación, las obras de Pérez Moya: «En l'enterro d'un nin» (poesía de Verdaguer) «Sursum» (texto poético de Mn. F. Baldelló) y el poema «El camí de Siena» (descriptiva poesía de T. Garcés).

Las interpretaciones de las citadas composiciones ofrecidas por la agrupación vocal, llevando por protagonista interpretativo al maestro Luis Maria Millet, procedieron emotivamente expresadas. ¡Qué admirable comprensión sensitiva establecieron los excelentes cantores realizando sus matizadas acciones declamatorias conjuntivas! ¡Con qué emocionante realismo dieron a comprender los líricos sentimientos que tienen asignados el religioso Motete de Romeu y el poemático «Camí de Siena», de Pérez Moya, en sus expresivas acciones traductivas!

Esta magnífica exposición vocal del selecto programa ofrecida por el «Orfeoó Catalá» —en algunas de las obras interpretadas actuaron de solistas, las sopranos Sonia Albadalejo y María Angeles Miró, y el barítono J. López Esparbé, destacando también la colaboración al órgano prestada por el maestro José María Roma— mereció las entusiastas demostraciones admirativas prodigadas por la numerosísima concurrencia de devotos del arte coral, debiendo de ser concedidas segundas interpretaciones de buen número de obras en reconocimiento al cordial tributo recibido que el maestro Millet atendió desde el hemicíclo, en unión de los subdirectores maestros J. Tomás y J.J. Llongueres y de los cantores, mostrando en alto las partituras.

ESPECT

Música

CONCIERTO DE LA BANDA MUNICIPAL
CON EL VIOLONCELISTA JOSE TROTTA

Tratándose de la Banda Municipal de Barcelona, no puede el crítico salir del paso con una mera nota informativa, porque nuestra banda no es un grupo de música de aire para bullangas domingueras, sino una institución sinfónica de alto respecto que —nos vamos a atrever a decirlo— supera ya lo que fue en el pasado.

El pasado tiene siempre para nosotros un perfume de recuerdo y nostalgia, un prestigio de leyenda, una pátina producto de la perspectiva del tiempo, que nos lo hace aparecer mejor que el presente. Pero si juzgamos con serenidad lo que hoy es nuestra banda, hemos de reconocerle una madurez, una calidad, una finura espiritual nunca alcanzada.

En el concierto del domingo por la mañana, el público que llenaba por completo el Palacio de la Música, se puso de pie varias veces, para aplaudir. Y no se diga que acaba de escuchar obras populares de esas llamadas «de galería», que gustan al menos versado en música. No hubo fragmentos de zarzuela ni sardanas, tampoco. Hubo la suprema elegancia de la obertura de «Oberón» de Weber; hubo la eterna «Quinta Sinfonía» de Beethoven, que con esta obra sobrehumana aplastó, antes de que naciesen, a todos los dodecafónicos que han sido, son y puedan ser.

Hubo la «Rapsodia húngara número 2», de Liszt, estallante de vitalidad racial y de pasión humana y hubo una exquisita parte central dedicada a obras largo tiempo ausentes de nuestros programas, en las que intervino este maestro definitivo del violoncelo que se llama José Trotta, al que más se admira cuanto más se le escucha.

Trotta interpretó del modo aparentemente sencillo que él acostumbra, sin énfasis espectacular, pero con hondura expresiva, con fluidez mecánica, con transparencia técnica, con una lírica íntima y cálida, la noble y serena «Reverie» de Jean Lamet de Grignon; el dulce y meditativo «Andante del Concierto en re», de Morera y las «Variaciones sinfónicas», de Boëllman, que ofrecen margen al virtuosismo.

Fue largamente aclamado y también lo fue el maestro Pich Santasusana, el clarinete solista profesor González y todos los profesores de la banda.

En el maestro Pich Santasusana existen el poder y la autoridad, persuasivos y galvanizantes, que resultan de una auténtica comprensión del significado y contenido de las partituras, más allá de lo estrictamente musical que normalmente constituye la frontera del oficio. El repertorio de sus signos convencionales conductores, es ilimitado en formas y combinaciones, dentro de una elegancia sobria, flexible e intensamente expresiva y de una dinámica tensa y rotunda. Bajo su mando sugestivo y preciso, ochenta y ocho admirables músicos, se entregan en cuerpo y alma a la interpretación. Y el resultado de este feliz encuentro es esa institución modélica que se llama Banda Municipal de Barcelona.

EL «ORFEO CATALA» RINDIO
HOMENAJE A MOSEN LUIS
ROMEU Y A ANTONIO
PEREZ MOYA

Un sello de refinamiento, de señorío catalán, de noble tradición que de la sencillez popular ha destilado una exquisita esencia aristócrata, a la vez íntima y severa, ha presidido el concierto que nuestro glorioso «Orfeo Catala» ha dedicado a mosén Luis Romeu y a Antonio Pérez Moya, en homenaje a estos dos compositores cuya inspiración, entrañablemente catalana y religiosa, a la vez, plasmada en formas bellas y perfectas, será, para siempre, fiel y elocuente expresión del espíritu de un pueblo que ama la virtud y las artes.

Oyendo cantar a nuestros admirables orfeonistas bajo la batuta enérgica, apasionada y musicalísima del maestro Luis María Millet, esas canciones de Romeu y Pérez Moya, rezumantes de poesía, de sentimiento, de entañable pensamiento catalán y, por lo tanto, intensamente humanas y universales, sentíamos gozo y angustia.

Gozo de pensar que existen, que podemos escucharlas alguna vez y que no morirán jamás. Angustia al comprobar que las enloquecidas generaciones actuales, dominadas por el materialismo de la disonancia fea y la síncope sensual, desconocen deliberadamente esos modelos y con pretextos sofísticos y rebuscados, so capa de modernidad y de renovación, nos abruman con «nuevas canciones catalanas» que nada tienen de catalanas, salvo el idioma en que está escrita la letra, porque les falta lo fundamental: el espíritu.

Con esos productos deformes y antiestéticos, muy al gusto y molde de los ya innumerables concursos de canciones que infestan nuestra actividad musical, los

autores ganan fácil y populachera fama y lo que es más productivo: pingües beneficios por derechos de autor, ediciones, grabaciones, etc. Triste realidad: aterradora perspectiva.

¡Qué poco dinero debieron ganar Romeu, Pérez Moya, Nicolau, Toldrá, Morera, Millet y cien más, con sus canciones catalanas armonizadas u originales! Pero ¡cuánto bien hicieron a la cultura y al prestigio de su patria chica y qué inmenso cariño, admiración y gratitud ganaron para siempre!

Reconfortante ha sido este concierto del «Orfeo Catala», en el que han tenido que ser repetidas gran número de canciones. Severa lección de gran arte para quien tenga sensibilidad y oídos y sea capaz de calibrar lo que significan estos dos bellos conceptos: Cataluña, música.

En primera audición hemos escuchado «La presó del Tabernacle», de «Eucarístiques», y «El nom de Maria», de «Marianas», ambas de mosén Luis Romeu, sobre poesías de Verdaguer y «Sursum», poesía de mosén Baldelló y «El camí de Siena», poesía de Tomás Garcés, éstas de Antonio Pérez Moya, impresionantes por su belleza melódica, su tierno sentimiento religioso y su admirable construcción polifónica.

Prestó su valioso concurso el organista José María Roma y destacó la intervención pulcra y matizada de los solistas Sonia Albadalejo, María Angeles Miró y J. López Esparbé.

El público que desbordó todas las localidades del Palacio de la Música, aplaudió enfervorizado, al maestro Millet, a los solistas y a los cantores. Escuchaba unas canciones de ayer que, son de hoy y serán de mañana.

A. MENENDEZ ALEYXANDRE

EL ESTRENO DE
ESTA NOCHE

José Suárez y Graciela Borges en «La boda», basada en la novela de Angel María de Lera y dirigida por Lucas Demare, la cual nos presentará esta noche «Universal Film». En el cine Fantasio. «La boda» es una película que descorre valientemente los velos de una realidad ignorada.

Viernes, 13 de Marzo de 1964

Siglo III - Año 173 - Número 63

DIARIO DE
DE AVISOS



BARCELONA
Y NOTICIAS

FUNDADO EN 1792



Gloriosa efemérides del «Orfeo Català»

MIL HE AQUÍ A NUESTRO GRAN CONJUNTO CORAL, EN EL MARCO CARACTERÍSTICO Y FAMILIAR DEL PALACIO DE LA MÚSICA, EN DONDE BAJO LA DIRECCIÓN DEL MAESTRO LUIS M. MILLET HA MANTENIDO UNA ALTÍSIMA CALIDAD Y UNA FIDELIDAD A SU GRAN TRADICIÓN ARTÍSTICA.

CON LA INTERPRETACIÓN DEL «REQUIEM» DE VERDI, CONMEMORARÁ HOY EL «ORFEO CATALÀ» LA GLORIOSA EFEMÉRIDES DE SU AUDICIÓN NÚMERO

(Foto J. Ramírez)

(MAS INFORMACION EN LAS PAGINAS 13 Y CENTRALES)

RITMO - Abril 64

ORFEO CATALA

concierto

1.000

lo celebró interpretando la

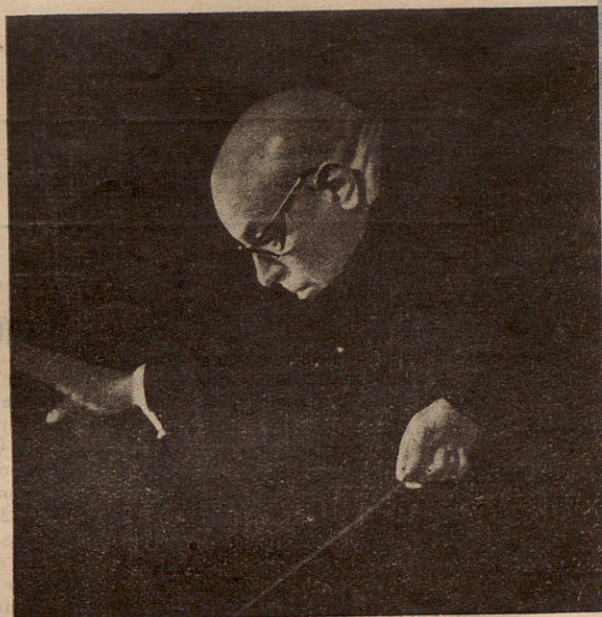
«MISA DE REQUIEM»

de VERDI

Si diez es la más humana de las cifras, mil es la cifra cúbica que volumetriza ese valor humano; es la cifra que los romanos simbolizaron con la M, inicial de *Magnum Misterium*. Algo magno y casi misterioso, en efecto, es poder celebrar un concierto número mil, amasado con una infinita cantidad de esfuerzos, desvelos, sacrificios e inquietudes; impulsado por un infinito amor a la Música y a la Patria y alcanzado con paciente tesón, por las escarpadas rampas del estudio y del trabajo. Desde su Gloria, Millet y Vives habrán sonreído satisfechos; su obra coronó un himalaya! También Francisco Pujol, continuador de esa bella obra que no tiene fin. Y Luis María Millet y sus ayudantes subdirectores, maestros Tomás y Llon-

gueres, dignos sucesores de aquellos, han visto cómo toda la filarmonía catalana se sumaba con fervor a la celebración de esta gloriosa efemérides.

Nada diremos de la interpretación del *Requiem* de Verdi, pues para quien lo haya escuchado una vez, nos bastará decir que lo interpretó el Orfeo Català! Y sólo habremos de añadir que con él colaboraron cuatro solistas excepcionales: Jacqueline Brumaire, soprano; Josephine Veasey, contralto; Murray Dickie, tenor; y Frederick Guthrie, bajo. Con la masa de cantores se fundió nuestra admirable Orquesta Sinfónica, y sobre todos ellos, el espíritu musical de Luis María Millet, convertido en gesto y batuta, realizó el avatar de Verdi, para ofrecernos una



El maestro Millet, en un gesto suyo muy típico, al frente del gran equipo sinfónico coral protagonista del concierto mil del Orfeo Català.

versión modélica de esa joya sonora de religiosidad espontánea y ardientemente humana que es su *Misa de Requiem*. La ovación final, por su duración y su intensidad, puede calificarse de histórica.

Tal vez algún ateo, parafraseando unos versos de Bécquer, haya podido exclamar al salir del concierto: «Hoy he oído al Orfeo Català cantar el *Requiem* de Verdi; hoy creo en Dios!».



P
LA

EL «REQUIEM» DE VERDI POR EL ORFEÓ CATALÀ

El «Orfeó Català» se dispone a celebrar su concierto número mil con una solemne audición de la «Misa de Réquiem», de Verdi, anunciada para los días 13 y 15 de este mes. Nuestro «Orfeó», bajo la dirección de Luis M.^a Millet, dará, sin duda, una versión ferviente y latina del más latino de los «Requiéms» existentes. Será interesante oír cómo nuestros «cantaires» traducen la lírica del gran compositor italiano, que en las páginas de su importante partitura escrita al margen de la escena supo mantener en tan alta temperatura la emoción de la música, aunque sea, a veces, a través de efectos declamatorios y recursos de carácter más teatral que religioso.



Luis Millet, el inolvidable primer director del «Orfeó Català»
(Carbón de Ramón Casas)

El «Orfeó Català» cantó hace tiempo el «Réquiem» de Fauré y el de Mozart. En ocasiones anteriores, bajo la vibrante batuta del maestro Millet padre, había dado a conocer el «Réquiem» de Berlioz y fragmentos del de Saint-Saëns. Si a estas audiciones añadimos las misas de «Réquiem» gregorianas que se cantaron cuando el «Orfeó» perdió sus inolvidables directores Luis Millet y Francisco Pujol, tendremos una idea de las etapas que se han sucedido en el estudio y asimilación de un tipo de obras sinfónico-corales de inspiración religiosa, compuestas por autores valorizados principalmente por su música profana. El caso de Verdi es, entre otros, el más típico. El Verdi de «Nabucco» y hasta el de «Aida» y «Otello» trasciende en las arias, en los concertantes y en los prodigiosos corales del «Réquiem», en los que el autor pone en evidencia toda su maestría en el uso de la polifonía dramática que dominó como ningún otro compositor italiano de su tiempo. La nobleza de intención, la claridad de la forma y la emoción sincera, espontánea y directa que emana de las expresiones vocales y sinfónicas del «Réquiem» verdiano, hacen de esta obra una de las más perfectas y representativas realizaciones de su autor, aunque permanezca al margen de las partituras para la escena que le proporcionaron tanto renombre.

El «Orfeó Català» hace ya muchos meses que ensaya la partitura y es de esperar que dará una versión magnífica contando con un cuarteto de importantes solistas: Jacqueline Brumaire, de la Ópera de París; Josephine Veasey, del Covent Garden de Londres; Murray Dickie y Frederick Guthrie, ambos de la Ópera de Viena.

Podría opinarse si es lógico que el «Orfeó» haya celebrado mil conciertos antes de dar a conocer el «Réquiem» de Verdi. Lo que parece evidente es que no podía escoger una obra mejor para dar realce y significación a su concierto número mil.

Canen Català

13. 3. 64

ESQUINA

L'Orfeó

Es difícil hablar del Orfeó Català. Pero necesario. Hay pocas cosas en el país que duren tanto tiempo, sin perder la vitalidad, la penetración perfecta con el pueblo que fue el origen de su nacimiento. Este pueblo sano que debe ser la máxima aspiración de la sociedad organizada, educado, consciente, leal a su tierra, amante de toda autenticidad. Este pueblo-sustancia, este pueblo-levadura, que da el tono y es dique contra la despersonalización.

Es difícil hablar del Orfeó Català. Pero necesario. Se ha dicho todo o casi todo sobre su actuación, su tarea musical, su prestigio internacional. Tenemos grabados en el corazón los gestos de los hombres que lo hicieron, la imagen de iluminado del primer maestro Millet, las notas que dejó Amadeu Vives antes de su otra aportación a la música española, la barba blanca y limpia del maestro Pujol... Lo hemos dicho todo, o casi todo, pero...

Es difícil hablar del Orfeó Català. Pero necesario. Cuando un aliento poderoso, una voluntad firme, un sentido de unión y coherencia — tan difícil, a veces, entre nosotros — convierten en institución una idea; cuando entre las pocas cosas que se aman, casi sin discrepancias, una es esta suma de esfuerzos; cuando resuenan, junto a las de los cantores, voces nobilísimas de todo el mundo para adornar con elogios al Orfeó la rosa de los vientos; cuando basta una palabra, «l'Orfeó», así a secas, sin adjetivos, para decirlo todo...

Es difícil hablar del Orfeó Català. Pero necesario. Más allá de la música, más allá de sus éxitos, más allá de lo sabido y de lo que queda por saber, el Orfeó encierra todo lo que de positivo tiene nuestro pueblo: tenacidad, trabajo, orden, disciplina, sentimiento y amor. Sin estas condiciones no existiría ni lo sentiríamos tan nuestro. Esto, todo esto, es más que cantar bien — aunque gracias a esto se cante bien. El Orfeó es un ejemplo vivo de la capacidad de un pueblo para hacer seriamente, honestamente, responsablemente, una tarea. El mismo pueblo que levantó fábricas, que creó riquezas, que sigue en primera línea en estos momentos de expansión y desarrollo, canta con la misma serena convicción.

Hoy, años y años después de su primer concierto, ofrece el que hace el número mil. ¡Cuánta historia, cuánto amor, cuánta abnegación en estos tres ceros mágicos que siguen a la unidad! Todo es verdad en la estrofa que inicia los versos inolvidables de Maragall:

«Per damunt dels nostres
[cants...]»

Es difícil hablar del Orfeó Català. Pero necesario

* *

CRITICA

EN EL PALACIO DE LA MUSICA

"MISA DE REQUIEM", DE VER- DI, POR EL "ORFEO CATALA" **SOLEMNE CONMEMORACION DEL CONCIERTO NUMERO MIL**

Con la audición de la sugestiva "Misa de Requiem", de Verdi, se celebró en el Palacio de la Música la solemne conmemoración del concierto número mil del "Orfeo Catalá", bajo la dirección del maestro Luis María Millet.

Un público nutrido, fervoroso, acudió a nuestra primera sala de conciertos para escuchar esta inspirada obra sinfónico-coral de Verdi, sobre cuya importancia musical pesa, en cierto modo, la fama universal de su autor en el campo de la ópera y que, por lo mismo, tiende a oscurecerla restándole posibilidades para figurar con mayor frecuencia en los programas de concierto.

Para esta audición, forzoso es afirmar que el "Orfeo Catalá", además de su bien probado entusiasmo, puso a contribución un régimen de ensayos numeroso que dió, indudablemente, un resultado de positivo signo, si bien en algunos momentos decreció un tanto en orden al matiz reservado a sus distintas cuerdas. El maestro Millet, desde su puesto de concienzudo e inteligente director, tuvo en sus manos la ingente tarea de coordinar los tres elementos instrumentales de esta "Misa de Requiem" que suponen la orquesta, la masa coral y los cuatro solistas vocales, con los timbres, estos últimos, de soprano, contralto, tenor y bajo. El cometido de las voces solistas, destaca por ello sobremanera dentro de ese todo orgánico que la obra implica y que, al prescindir de la mezzo y del barítono, nos ofrece un radical contraste por lo que respecta a sus respectivas intervenciones. De ahí el relieve que los solistas vocales asumen en esta inspirada página que, con todo, y pese a su epígrafe de "Misa de Requiem", tan poco tiene de obra presidida por el espíritu de recogimiento y religiosidad al uso de lo que estética e históricamente, tipifica el género. En una palabra, sigue en ella presente la inspiración esencialmente lírica del genio de Verdi, conjugado con habilidad extrema con el espíritu abierto y meridional que comporta la música italiana.

La contralto Josephine Veasey y el bajo Frederick Guthrie tuvieron feliz participación en sus respectivas partículas, junto al tenor Murray Dickie y a la soprano Jacqueline Brumaire, desarrollando todos ellos un papel de meritoria honradez en cuanto al texto musical. No obstante, fueron los timbres vocales de la contralto y del bajo los que mejor se adaptaron a las características estéticas y musicales de la obra.

El "Orfeo Catalá" puso a prueba una vez más su alto sentido de la disciplina coral, contribuyendo así en forma apreciable a tan grata conmemoración del concierto número mil de nuestra primera entidad orfeónica. Por su parte, la Orquesta Sinfónica, desempeñó un papel de primer orden, con sobresaliente relieve de la cuerda y la madera.

Una prolongada salva de aplausos acogió, al finalizar la audición, este concierto del "Orfeo Catalá" dedicado a la "Misa de Requiem" de Verdi, que obligó al maestro Luis María Millet a saludar varias veces al atento auditorio, junto con los maestros subdirectores Juan Tomás y J. J. Llongueres.

De este grato y significativo concierto, se dará esta tarde una segunda edición, por los mismos intérpretes, a las seis y cuarto.

R. Bayod y Serrat

CRITICA

JOSEPH WISEMAN

DOS NOCHAS MEMORABLES

En el Palacio de la Música, 1.000 y 1.001 conciertos del Orfeo Català

CON un lleno a rebosar en cada una de ellas, el «Orfeo Català» ha celebrado sus conciertos correspondientes a los números 1.000 y 1.001, es decir, el milésimo y el capicúa del milenario. Barcelona entera, en dos turnos, ha querido significar su cálido y cariñoso homenaje a una institución tan suya y que ha desafiado todos los embates de los años sin mostrar todavía la más ligera arruga en el rostro, antes bien, dotada cada día de un empuje y una vitalidad crecientes.

La obra escogida para solemnizar el jubileo musical, ha sido el suntuoso colorido Requiem que Verdi escribió con motivo del aniversario de la muerte de Manzoni, ocurrida en 1873, añadiéndole un «Libera me» compuesto cinco años atrás para unos proyectados funerales de Rossini, fallecido en 1868. Obra dentro de la línea del «Requiem» romántico que arranca del último clásico, Mozart, y sigue con Berlioz (en quien Verdi visiblemente se inspira) más Liszt, más Schumann y años a venir, Fauré.

Obra, la de Verdi, erizada de escollos y dificultades de dicción, mayores para una institución coral, no habituada a los estilos de teatro, su ejecución por el «Orfeo Català» constituye un triunfo señalado, tanto de los «cantantes», como del director, maestro Luis María Millet, que además guió con poderoso impulso la vibrante y bien trabajada orquesta que infunde color a la partitura y se entremezcla con las voces, ya sean a sólo, ya de la masa coral que debe equilibrarse continuamente con los timbres orquestales. Trabajo, como nos tiene acostumbrados el «Orfeo», clarividente y bien realizado, en cuya preparación, al lado del maestro Millet han laborado los subdirectores maestros Tomás y Llongueres, ayudados por la voluntad de perfección y el entusiasmo que son el orgullo de nuestra vieja entidad coral, defensora de tantos valores culturales y morales nuestros.

El «Requiem» de Verdi, como he dicho en otra ocasión, más que un «Requiem litúrgico», es el espectáculo de un Requiem; espectáculo soberbio, alucinante y, en determinados momentos, más brillante que profundo. Pero siempre pintado por una rica «aletra» y fraseado por un músico de gran invención melódica y potente armazón sinfónica. Del primitivo «Libera me» extrae algunos motivos que circulan por el resto de la obra y le dan una unidad, que por ser a posteriori, no deja de ser menos perfecta. El edificio sonoro entero se estructura presidido por dos momentos culminantes de un bello contraste. El «Lacrymosa» gran concertante, cuyo ritmo de marcha fúnebre le hace parecer un final de acto operístico del siglo pasado; pero con tan hermosa cromaticidad de efectos que nos subyuga. Y el «Agnus Dei» (uno de los trozos mejores de la obra), con una melodía arcaizante homófona, que la orquesta decadenamente, envuelve y baña de las más suaves tintas del atardecer de un mundo.

Al lado de estos puntos máximos se desarrollan el violento Dies Irae muy berliozano. El Ofertorio con su admirable diálogo de la contralto y el tenor. La Lux aeterna y el «Libera me, domine», más ingenuamente teatral; pero eficiente y bien alineado como un ejército en batalla. El final, susurrando las últimas palabras del «Requiem» no por ser de un efecto ligeramente

TEATRO ALLA SCALA

LUNEDÌ 25 MAGGIO 1874, alle ore 9 pomerid

SI ESEGUIRA LA

MESSA DA REQUIEM

SCRITTA DA

GIUSEPPE VERDI

per l'anniversario della morte di

ALESSANDRO MANZONI

La meta degli utili essendo destinata al Municipio
pel fondo delle Onoranze a Manzoni
l'autore dirigerà questa esecuzione

DISTRIBUZIONE DEI PEZZI

- 1. REQUIEM e KYRIE a quattro parti: Soprano, Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 2. DIES IRAE a quattro parti: Soprano, Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 3. LA CRUCIUM a quattro parti: Soprano, Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 4. LIBERA ME a quattro parti: Soprano, Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 5. DOMINE JESU a quattro parti: Soprano, Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 6. SANCTUS a due parti: Soprano, Tenore.
- 7. AGNUS DEI Soprano, Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 8. LUX AETERNA Mezzo-Soprano, Tenore, Basso.
- 9. LIBERA ME Solo per Soprano, Tenore, Basso.

ESECUTORI

TERESA STOLZ - MARIA WALDMANN - GIUS. CAPPONI - ORONDO MAINI
110 Professori d'Orchestra - 120 Cantori

PREZZI D'INGRESSO

Uscita d'Orchestra L. 5. Per cinque siliari in salotto L. 3. Nella a trascorsi oltre il salotto d'Orchestra L. 25. Nella a trascorsi oltre il salotto d'Orchestra L. 10. Nella a trascorsi oltre il salotto d'Orchestra L. 5. Loggia L. 2.

escenográfico dejar de ser patético y acertado.

Con el maestro, la orquesta y los cuoros colaboraron muy eficazmente los artistas que formaban el cuarteto vocal, que, en su conjunto causó una excelente impresión en el auditorio.

Jacquehne Brumaire, que ya tuvimos ocasión de admirar en las dos audiciones de 1958 y 1960 del «Stabat Mater», de Poulenc, en su papel de soprano cantó con una pureza y una belleza de estilo inigualables todas las difíciles intervenciones en el curso de la obra, tanto al elevar su melodía personal y absoluta como en los momentos concertantes.

Tampoco nos era desconocida la contralto Josephine Veasey, por haber formado parte de los solistas que actuaron en la «Misa Solemnis» de Beethoven últimamente, colaborando con el «Orfeo». Posee una magnífica voz y puede abandonarse sin riesgos a la melodía y al patetismo que imponen el texto y el color de la voz.

De los hombres, el tenor Murray Dickie posee un buenísimo registro central y una disciplinada escuela de canto. Sobresalió, principalmente, en la segunda parte de la obra, eso es, en lo más difícil y que requiere más arte y musicalidad.

El bajo Frederik Guthrie sostuvo con su voz robusta y su dicción clara y emotiva sin retoricismos el edificio sonoro del cuarteto. En los momentos de solista dijo la frase con la entonación y el sentimiento

requeridos, brillante, mas sin afectación.

No hemos de olvidar a los cuoros, a los cuales hemos hecho referencia; estuvieron continuamente en su sitio y, una vez más, demostraron su afinación y limpio timbre, así como la suavidad de las transiciones y la nitidez de los finales de frase, sin una sola voz rezagada ni en proporciones infinitesimales. Tanto en el fuerte como en el pianísimo conservaron el equilibrio más satisfactorio y, en el final supieron esfumarse gradual y completamente en el silencio.

Los profesores de la Orquesta Sinfónica realizaron su cometido con la más completa subordinación al conjunto. El nutrido grupo de los metales produjo bellas y matizadas calidades de sonido y en los pasajes requeridos, cubrió de una luz dorada el ambiente sonoro.

El maestro Luis María Millet nos dio una versión robusta y vehemente de la partitura y salvó con gran destreza algunos detalles tal vez teatrales en exceso, que no enturbian sin embargo, la belleza, digamos pictórica, de la post-romántica y humanamente apasionada música de Verdi en su «Requiem».

Digamos, para terminar, que con las dos audiciones de los días 13, por la noche, y 15, por la tarde, nuestra gran institución coral, ha festejado muy dignamente sus conciertos de números 1.000 y 1.001.

Rosendo LLATES

learen català 17-3-64

**El Concierto número
mil del "Orfeo"**

**VERDI
EN EL "PALAU"**

LOS días 13 y 15 del presente mes, o sea dentro de poco, el «Orfeo Català» va a interpretar la «Misa de Réquiem» de Giuseppe Verdi, bajo la dirección del maestro Luis Millet, muy adicto, al parecer, de esta obra verdiana. Para el éxito de ambas audiciones no se han regateado esfuer-



Giuseppe Verdi

zos: ensayos, magníficos solistas, tiempo...

Con esta audición el «Orfeo» conmemora su concierto número mil. Un largo y glorioso trecho el recorrido desde el modesto recital en la Sala Bernareggi, el 15 de abril de 1892, hasta esta misa del genio de la Opera italiana. Barcelona ama una obra que ya conoce por haberse dado ya varias audiciones de ella en nuestra ciudad. En ella encontramos el Verdi de las horas gloriosas y

grandilocuentes, el genio latino que despliega la trompetería de sus fuerzas para llorar a su amigo, al genial poeta Manzoni.

El «Orfeo» ha trabajado denodadamente para ofrecernos una versión exacta, cálida y entusiástica de la obra. Quien ha oído los ensayos asegura que lo ha conseguido. Anticipémonos, pues, al aplauso que la ciudad tributará a la gran masa coral, su director y a todos los artistas que colaborarán en ese festival verdiano.

11-3-64

REDACCION Y
ADMINISTRACION:

Pelayo, 28

TELEFONOS:
221 - 41 - 35
(CINCO LINEAS)

«Telex» 781

L

PRECIO DE
E J E M P

EL «ORFEÓ CATALÀ»

La más genuina y entrañable de las entidades musicales barcelonesas va a celebrar su concierto número mil. El próximo viernes, día 13, por milésima vez, el «Orfeó Català» ofrecerá a su auditorio y a sus amigos fieles y constantes —lo que equivale a decir todo el pueblo de Barcelona y Cataluña— una nueva manifestación de renovado impulso que ha sabido mantener a un nivel de probidad artística ejemplar a lo largo de setenta años. La vida de este organismo substancial en el desarrollo de la cultura catalana del presente siglo representa un encadenamiento de esfuerzos y voluntades que ha hecho posible llegar a la presente celebración —inalcanzada por cualquier otra corporación similar— que significa la plenitud de las mejores ejecutorias a las que podía aspirar la masa coral catalana.

El primitivo núcleo del «Orfeó Català» fue ensamblado por el maestro Luis Millet en la última década del pasado siglo. Lo que inicialmente fue una coral de hombres, pronto se convirtió en coro mixto, y el repertorio de canciones populares empezó a enriquecerse con la música más conectada a la sensibilidad de la época. En 1905 se colocaba la primera piedra del futuro «Palau de la Música Catalana», inaugurado tres años después. La arquitectura recargada de símbolos y sugerencias plásticas de Domènech y Montaner, fue a partir de entonces el marco ineludible de toda manifestación literaria, poética o musical del modernismo catalán y la sede de los grandes triunfos del orfeón. Este, galvanizado por la batuta vibrante de Millet, había cantado ya, como quien hace una profesión de fe, la Consagración del Graal del «Parsifal» wagneriano y la «Novena Sinfonía» de Beethoven; había impuesto la fecunda personalidad de Antonio Nicolau a través de sus mejores poemas corales, había organizado sus primeras salidas al mediodía de Francia y había recibido la visita de Richard Strauss, bajo cuya dirección se dio a conocer una de sus obras.

La etapa de Luis Millet padre se prolongó hasta la muerte del inolvidable maestro en 1941. Fueron los años de tantas audiciones trascendentales, de los oratorios, cantatas y misas de Juan Sebastián Bach, Haendel, Haydn y César Franck, de los «Réquiem» de Mozart y Berlioz, de las visitas a distintas ciudades españolas y de las primeras excursiones al extranjero —a Roma y a Londres—, fue el tiempo de los constantes y esperados estrenos del propio Millet, de Vives, Nicolau, Morera, Manén y tantos otros; del mantenimiento en definitiva del «Orfeó» en el primer plano de la vida intelectual catalana, cuya fisonomía en parte la perfilaban las actividades de nuestro primer coro.

Tras unos años —los de la última guerra mundial— en los que el orfeón fue presidido, más que dirigido, por Francisco Pujol, a la muerte de éste se renovaron los impetus de los cantores puestos bajo la égida temperamental de Luis M. Millet, hijo del creador de aquella obra ya sazónada y que el joven director iba a mantener en la línea de las inquietudes de hoy.

La actividad del «Orfeó» en las dos últimas décadas está en la memoria de todos: nuevos triunfos de los «cantaires» en Madrid y París, ampliación del repertorio con piezas significativas de la música contemporánea, estrenos continuos de los compositores actuales nacionales y extranjeros, exhumación de algunas partituras valiosas del pasado y, como una constante jamás abandonada, el cultivo con especial predilección de la canción popular, la de Cataluña principalmente, pero también la floreciente en otras latitudes para mantener así la coral aferrada a los principios y tradiciones que han representado siempre su íntima razón de ser.

La trayectoria seguida infatigablemente ha llevado al «Orfeó Català» a celebrar su milésimo concierto con una obra como la Misa de Requiem de Verdi, reservada a los grandes conjuntos corales que pueden organizar sus actuaciones contando con solistas de talla internacional y el complemento básico de la orquesta sinfónica.

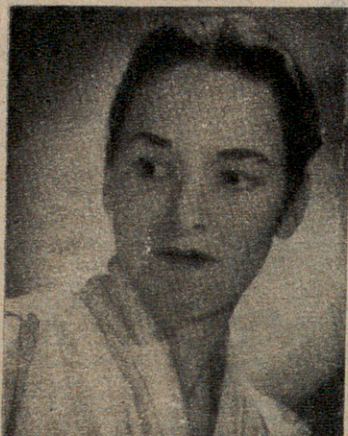
La sola audición del «Réquiem» de Verdi, obra extraordinaria del repertorio sinfónico-coral, ya constituye por sí sola un acontecimiento sobresaliente, pero la feliz circunstancia de que sean los «cantaires» catalanes quienes nos ofrezcan la parte esencial de aquella música y que con ella podamos celebrar los mil conciertos del «Orfeó Català», llena nuestro corazón de emocionado júbilo, de profundo y legítimo orgullo.

La alegría que pasa

MUSICA por E. GISPERT

EL REQUIEM DE VERDI EN EL CONCIERTO NUMERO MIL DEL ORFEÓ CATALÀ

NO podemos iniciar el comentario de las últimas audiciones del Orfeó Català, sin referirnos a la solemne significación que, no sólo para el glorioso instituto coral, si que también para todo el país, tiene la rebasada cifra de los mil conciertos. Setenta y un años de constancia, mil actos de fidelidad. He aquí algo nuestro que no está marcado por el estigma de lo provisional, he aquí una manifestación



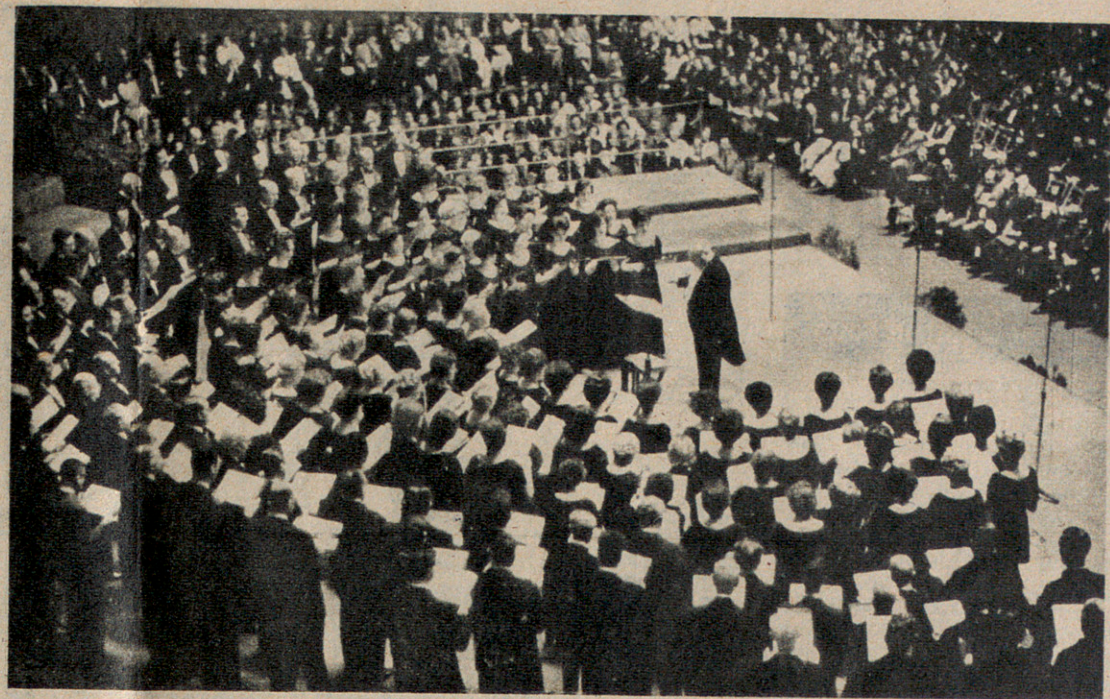
Josephine Veasey

de continuidad y de firmeza que ningún seísmo histórico ha conseguido arruinar. Deseamos que, por delante de las ineludibles y siempre circunstanciales apreciaciones críticas, vaya nuestra conmovida felicitación, nuestro devoto agradecimiento al Orfeó, cuyos mil conciertos forman una entrañable parte de nuestro acervo común.

Con ocasión de las sesiones dedicadas por Pro-Música al Réquiem de Verdi, al principio de la corriente temporada, expusimos la contrariedad que nos producía la cercana repetición de esta obra, brillante pero de relativa densidad musical. Después del hecho consumado, debemos insistir en aquella opinión. Las repeticiones, tanto de obras como de intérpretes, constituyen un factor de empobrecimiento, muy favorecido por nuestros promotores musicales. Otro vicio tradicional consiste en la falta de comunicación entre las organizaciones. En el caso concreto del Réquiem de Verdi, es fácil, aunque utópico, imaginar los beneficios que se hubieran derivado de una colaboración de Pro-Música con el Orfeó. Pien- sen nuestros lectores en un Réquiem bajo la dirección de Mario Rossi, con el Orfeó, Pilar Lorengar, Josephine Veasey y solistas masculinos proporcionados. Sumen ahora los públicos —también parcialmente incomunicados— de Pro-Música y del Orfeó. Los resultados artísticos y económicos no podían ser dudosos. Y, sin embargo, esta hipótesis, en apariencia perfectamente racional, es de inconcebible realización, por múltiples motivos. Acaso lo más utópico sea imaginar al frente del Orfeó Català un director diferente de su titular. El criterio de nuestra entidad a este respecto es irreducible. Y única. Los más importantes coros del mundo se ponen frecuentemente a la disposición de los directores orquestales, para el montaje del repertorio sinfónico-coral. Lo hacen el Singverein de Viena, el coro de Ro-

bert Shaw, el Filarmonia de Londres, el Orfeón Donostiarra. El Orfeó Català, no. ¿Por qué? El respeto que sentimos por Luis Maria Millet —que en el Réquiem de Verdi ha demostrado su indudable capacidad para disciplinar el conjunto instrumental— no ha de impedirnos convenir en que la dirección de orquesta requiere una dedicación continuada. Es obvio que una obra en la cual la orquesta tiene un papel substantivo al lado del coro, sólo la puede dominar con plena eficacia un verdadero director de orquesta, especializado en el género sinfónico-coral. Otro criterio resulta perjudicial, no sólo para la interpretación, sino también para el prestigio del propio director, desplazado. El Orfeó y su magnífico preparador darían un paso muy positivo si se decidieran a solicitar la intervención de las grandes batutas mundiales en sus conciertos con orquesta.

De ningún modo quisiéramos que las anteriores observaciones



se interpretaran como una subvaloración de la labor del maestro director del Orfeó en el Réquiem de Verdi, la cual nos pareció extraordinariamente meritoria. Dentro de esta interpretación, a la vez detallada y vigorosa, había de destacar naturalmente el absoluto control del coro, que sonó siempre seguro y afinadísimo. Recordemos, entre los momentos especialmente afortunados, todo el «Agnus» y el breve pasaje libremente declamado que inicia el «Libera me». El «Dies irae», centro trágico de este Réquiem, tuvo unas apariciones impresionantes, susceptibles aún de mejora si se hubiera contenido ligeramente el volumen instrumental. Los pasajes más contrapuntísticos, como

el «Sanctus» y la continuación del «Libera me», se resintieron un poco de la falta de color vocal en algunos sectores y de la acentuación forzada. De modo intermitente, observamos ciertas ausencias expresivas en momentos de profunda intensidad dramática. Todo ello referido siempre a un fundamental panorama de preparación y ajuste ejemplares.

Sobre pormenores orquestales, no deseáramos insistir demasiado. Dentro de una línea general notablemente correcta, faltó mayor flexibilidad rítmica y de matiz. Como inadmisibles, es obligado señalar la introducción de los violencelos en el Ofertorio.

Si en el Réquiem de Mario Rossi la soprano Pilar Lorengar

se erigió por encima de los demás solistas, esta vez fue la mezzo Josephine Veasey quien centró los máximos valores interpretativos. Igual que en la Misa Solemnis de Beethoven, la cantante británica se movió dentro de una indecible perfección, tanto en lo que afecta al oficio vocal, como a la inteligencia expresiva. Entre los restantes solistas, el bajo Frederick Guthrie destacaba por la riqueza de su voz media, administrada con cierta prudencia. El tenor Murray Dickie, que posee una muy bella base tímbrica, endurece algo los agudos y abusa del portamento expresivo. Finalmente, la parte de soprano excede a las posibilidades de Jacqueline Brumaire, cuyo centro vocal está desquiciado por una emisión errónea.

ESPECTACULOS

DIALOGOS E IMAGENES

UN MILLAR DE CONCIERTOS El «Orfeoó Catalá» —ya setenta y cinco años de historia— a través del maestro Millet

El «Orfeoó Catalá» ofrece esta noche, en el Palacio de la Música, su concierto número mil.

—Es el que cumple el millar de conciertos completos —dice el director del «Orfeoó», maestro Millet—. Porque no se han contado otro tipo de actividades, actuaciones o audiciones para los socios, sino aquellos auténticos conciertos.

—Para tan extraordinaria ocasión, ¿por qué han escogido este «Réquiem», de Verdi?

—Era un proyecto que tenía desde hace tiempo en cartera. Y me pareció ésta una ocasión ideal para llevarlo a la práctica.

—¿Cuánto tiempo ha llevado la preparación de este concierto?

—Es algo que no podría decirse con seguridad. Que el primer ensayo del «Réquiem» se hiciera en abril de 1963, no quiere decir que haya costado todo un año de trabajo el montar la audición, porque entre tanto hemos ofrecido nuestros habituales conciertos y seguido toda nuestra actividad normal, además de los dos meses de vacaciones que habitualmente guardamos.

ACTIVIDAD CONSTANTE

—El «Orfeoó», ¿se mantiene en actividad todo el año?

—Sí, con excepción de esa temporada de vacaciones. Y de algún que otro descanso, ofrecido tras una actuación importante. Por ejemplo, tras la audición del «Réquiem» es posible que descansemos una semana. Para reemprender después los ensayos.

—¿En qué orden de intensidad?



—Habitualmente, ensayos diarios, con cuerdas alternadas. Y los viernes, ensayo de conjunto. Cuando se acercan acontecimientos importantes, la intensidad de los ensayos aumenta, de acuerdo con las necesidades del momento.

—¿Qué cantidad de «cantantes» tiene el «Orfeoó» en la actualidad?

—Los 170 que tomarán parte en el «Réquiem», más la sección de muchachos que componen otros veinte.

—Total, 190. Hasta los 250 que ha llegado a tener...

CANTERA CORTA EN TENORES

—En realidad, yo no creo que el «Orfeoó Catalá» haya llegado nunca a esa cantidad de 250 miembros. Creo que se habrá alcanzado un máximo de 220 ó 225.

SAVOY

Hoy, 9.30 noche. - Numerada
VERSIONES ORIGINALES
FRANCESAS

«VOUS PIGEZ»

(Agente Federal en Roma)
E. Constantine

ESTRENO, de la v. original del
film de excepcional calidad:

«UN SINGE EN HIVER»

(Un mono en invierno)
Dir.: H. Verneuil. Con J. Gabin
y J. P. Belmondo
Sólo para mayores

—¿De dónde se nutre el «Orfeoó»?

—Todos nuestros «cantantes» son voluntarios. Tienen que ser presentados por dos socios, y si no disponen de la suficiente preparación musical, aquí mismo se le facilita, hasta que están en condiciones de cantar.

—¿Han existido, en esos setenta y cinco años que casi cuenta ya el «Orfeoó Catalá», dificultades para encontrar cantores?

—Por lo menos, yo nunca me he encontrado que me faltaran elementos para dar un concierto. Lo que fluctúa mucho es la cuestión de cuerdas. Hay temporadas en que ingresan muchos de una cuerda, y luego cambian de pronto.

—¿Qué es lo más difícil de encontrar?

—Lo menos abundante, pero ello es una consecuencia de nuestro clima, son los tenores. Lo cual no quiere decir que los que tenemos no sean eficaces. Usted mismo podrá comprobarlo en el «Réquiem». Lo que ocurre que ésta no es una tierra de tenores, como por ejemplo, el Norte.

—¿Qué es lo que «producimos» mejor, maestro Millet?

—Lo que surge con más abundancia, y casi todas con extraordinaria calidad, son las sopranos.

HISTORIA

—¿Muchos veteranos del «Orfeoó» en esos 170 que cantarán el «Réquiem», de Verdi?

—Bastantes, con años de experiencia y mucha calidad.

—¿El más veterano?

—La señorita Pilar Roca, fundadora de la sección de señoritas.

—¿Y el más recién llegado?

—Deben ser de la sección de muchachos. Sin embargo, también en la de hombres hay algunos cantores muy jóvenes, con quince y dieciséis años.

—Finalmente, maestro Millet, ¿cuál ha sido el concierto más importante, de ese millar ofrecido por la agrupación coral que dirige?

—Imposible señalar el más importante. Son muchos los conciertos con obras importantes en el repertorio del «Orfeoó Catalá». Indicar uno sólo sería olvidar los otros, con no menos trascendencia.

En una historia tan larga y fecunda como la del «Orfeoó», las piedras blancas abundan. La de esta noche del 13 de marzo de 1964, será un brillante más que añadir a la corona sonora de los cantores catalanes.

SALVADOR CORBERO



¡EL HUMOR Y LA RISA LE ESPERAN!
¡UN RETO A LA FANTASIA!
¡UN ESPECTACULO ARROLLADOR!



¡LA MAS FASCINANTE PELICULA DE AVENTURAS!

GRAN SORTEO «MAXCALI» - «CINCO SEMANAS EN GLOBO»

Todos los espectadores tendrán opción a magníficos regalos — Autorizado para todos los públicos

El "Orfeo Català" llevó a cabo, gloriosamente, su concierto número mil, interpretando la "Misa de Requiem" de Verdi

He aquí un concierto memorable cuya significación y trascendencia se comentan por sí solos con una sola palabra: «Mil». Este número «mil» de los conciertos dados por el «Orfeo Català» equivale a colocar una bandera en lo alto de una cima difícil de escalar. Y esa cima es no sólo la bella ilusión de dos hombres, de dos artistas, Millet y Vives, que quisieron para su pueblo una entidad que encarnase lo mejor de su espíritu; es ese mismo pueblo, que trabaja, estudia y canta, para poder ser y existir; y es también, un empeño conseguido, una gloria conquistada; un gran edificio levantado con fe y amor hereditarios, que sube y sube incesantemente, abarcando perspectivas y horizontes artísticos cada vez más dilatados.

Pero no sólo es imponente ese «Mil», como cantidad; porque no se trata de una cifra fría, con esa impasible grandeza de los números; es también estremecedor por la suma de sacrificios que implica, por el gigantesco esfuerzo que involucra, por la tremenda voluntad que expresa. Cada uno de esos mil conciertos, es la suma de incansables ensayos, preparativos, problemas de todo orden, inquietudes técnicas y espirituales, que fueron superados por hombres y mujeres, la mayor parte anónimos, que se entregaron sin piedad para su propia fatiga, a esa devoción, con espíritu de milicia, la mejor de las milicias, la que sólo se propone conquistar corazones con la magia del sonido y tejer una corona de laurel para su patria, ganando batallas de arte y de belleza.

Adalides de esas movilizaciones fueron los maestros Luis Millet y Francisco Pujol y lo es actualmente, Luis María Millet, secundado por los maestros Tomás y Llongueras. A ellos, a los cantores de hoy y a los que les precedieron y ya dejaron de cantar para siempre, nuestro más emocionado homenaje.

La obra escogida para esta solemnidad ha sido la «Misa de Requiem», de Verdi que exhumada en 1951 en el Gran Teatro del Liceo, no se volvió a ejecutar en Barcelona hasta octubre del pasado año, en los programas de «Pro Música» y ahora ha vuelto con ese eterno sabor de «novedad» que tienen solamente las verdaderas obras de arte.

Esta Misa de Verdi no es, desde luego, música litúrgica, ni tampoco religiosa, es una interpretación en lírica profana, de los textos de la Misa. Pero una lírica densa y tensa, desbordante de sentimiento, plétórica de fuerza emotiva, en la que se hace ostentosamente presente la inspiración del operista dueño de todos los recursos de la voz y de la orquesta, maestro también en la estructura coral y, al mismo tiempo, vehemente, soñador y poético.

Con trazos definidos y pinceladas de colores en vigorosos contrastes, aparece la furia del «Dies irae» (sin utilizar la música gregoriana); el misterio del «Tuba mirum» la solemnidad imponente del «Rex tremendae»; la sombría dureza del «Confutatis»; el brillo resplendente del «Sanctus»; la dulzura angélica del «Angus Dei», y la celestial maravilla del «Libera me».

Cuatro cantantes de excepcional mérito han tenido a su cargo la interpretación de las partes solistas: La soprano Jacqueline Brumaire, que ya en 1958 y 1960 participó con el «Orfeo Català» en las audiciones del «Stabat Mater» de Poulenc; voz pura y melodiosa, del más grato timbre, que ha vibrado con dulces y argentinos acentos. La contralto Josephine Veasey, ya admirada también en las últimas audiciones de la «Misa Solemnis», de Beethoven, dada por el «Orfeo Català», voz bella, potente y educada en excelente escuela. El tenor Murray Dickie, procedente de los más prestigiosos teatros del mundo y el bajo Frederick Guthrie, que ha

realizado una brillantísima carrera.

A la masa de cantores, entusiasta, disciplinada y preparada a fondo, con intenso estudio, por el maestro Luis María Millet, se sumó la Orquesta Sinfónica, que no precisa de elogios. El resultado fue excelente. Se consiguió un perfecto engranaje entre las voces y la orquesta. Los matices brillaron en todo su esplendor y con su debido contraste.

Los valores emotivos afloraron, unos en toda su más tierna delicadeza, otros en vigorosa plenitud y alto relieve. La batuta del maestro Luis María Millet, a todos advirtió, a todos estimuló, a todo proveyó, en una labor de ubicua autoridad.

El público que llenaba la sala, aplaudió entusiásticamente y la ovación se prolongó hasta hacerse exhaustiva.

Prensa 17-3-64

MUSICA

EL «ORFEÓ CATALÀ» CELEBRA SOLEMNEMENTE SU CONCIERTO NUMERO MIL

El día 15 de septiembre de 1891 se fundó en nuestra ciudad una entidad, modesta en sus inicios, pero que la perseverancia, el empeño y la decidida voluntad de sus creadores y continuadores había de llevar a una cumbre de sólido prestigio, de renombre internacional: el «Orfeó Català». Como en nuestra anterior crónica detallábamos, al reseñar la exposición de recuerdos de sus setenta y dos años de vida artística, este período ha estado jalonado por una serie de destacados actos, sobresalientes sobre un fondo callado de labor paciente, de perseverante estudio y de constante superación de los «cantaires». Y si en aquellas remotas fechas un maestro, Luis Millet, con una intuición musical y un entusiasmo inabarcable dirigía, a un reducido grupo de aficionados al canto, las primeras obras que habían de iniciar su repertorio, en la noche del pasado viernes el hijo de aquel entusiasta creador, el maestro Luis Maria Millet, dirigía a más de un centenar de voces, educadas, afinadas, sensibles a la emoción artística, y obedientes a la visión musical de su conductor, una obra de la categoría y de la importancia que en el repertorio sinfónico-vocal representa la «Misa de Requiem», de Giuseppe Verdi.

Digamos dos palabras de esta obra: es de concepción grandilocuente, con momentos de solemnidad y patetismo so-

bresalientes. En la versión escuchada en esta memorable ocasión, el maestro Luis Maria Millet dio toda la importancia al monumental conjunto de la estructura musical, destacando con acierto matices y detalles que la ennoblecen y magnifican.

Escuchamos a un cuarteto de voces solistas realmente notables: la soprano Jacqueline Brumaire, tan admirada en Barcelona por sus anteriores intervenciones de obras del mismo ambiente, como el «Stabat Mater», de Poulenc. Josephine Veasey, titular del Covent Garden londinense, y también admirada en nuestra ciudad por su intervención en la «Missa Solemnis», de Beethoven, que cantó con nuestro «Orfeó». Murray Dickie pertenece a la Ópera de Viena y se desplaza frecuentemente para intervenir en los más importantes festivales mundiales.

Frederick Buthier es también cantante de plantilla de la Ópera vienesa, aunque de origen norteamericano. Estos cuatro cantantes dieron especial importancia a sus actuaciones conjuntas y solistas, destacando sus magníficas voces sobre el conjunto coral y orquestal y aportando unidad de matiz y de expresión, fruto de su alta musicalidad y de sus magníficas dotes vocales, unido a su emocionada entrega al éxito de la velada. Permitámonos una leve expresión de un deseo que no significa ni crítica ni demé-

rito de comparación para unos u otros: nos hubiera gustado que estos solistas hubieran sacado de la masa orfeónica, sin apelar a cantantes extranjeros, así la celebración de este milenario concierto hubiera adquirido una mayor unidad y un más destacado carácter de homenaje.

La masa de cantantes prestó su entusiasmo, su ductilidad y su veteranía para que el concierto resultara magnífico, memorable, y una Orquesta Sinfónica que cooperó, quizás con alguna leve vacilación, al merecido éxito de conjunto de todos los actuantes. No necesitamos insistir en que la labor del maestro Millet, tanto en la preparación como en la dirección del concierto, fue definitiva y constituyó el eje central del triunfo registrado. Sólo nos resta añadir que el Palacio de la Música se llenó totalmente de un público distinguido, selecto y entendido, que no fue a aplaudir ciegamente a los intérpretes, sino a saborear una obra de arte brillantemente expuesta y a premiar su excelente resultado con ovaciones interminables.

L. G. M.

Hoja Lunes 16. 3. 64

MUSICA, TEATRO Y CINEMATOGRAFIA

EL VIERNES, EN EL PALACIO DE LA MUSICA

El Orfeo Català celebró solemnemente su concierto número mil con una vibrante interpretación del «Réquiem», de Verdi

La efemérides —el milésimo concierto celebrado por la primera entidad coral de Cataluña— bien valía el esfuerzo y la voluntad de superación que ha representado para el «Orfeo Català» la preparación de la luminosa «Messa da Requiem», que, sin duda, sabe situar entre las partituras más difíciles y también más personales y atractivas de Verdi. El empeño en el que nuestro «Orfeo» ha dedicado tantos afanes y que el maestro Luis M. Millet ha llevado adelante con ahínco extraordinario y con la tenacidad que en él es habitual, fue premiado, el viernes, con fervorosos aplausos de un público adicto que llenó casi por completo el Palacio de la Música y que, sin duda, hoy acudirá numeroso a la nueva audición que se anuncia.

El «Requiem», casi una ópera

Siempre nos producirá, este «Requiem» verdiano, la sensación de una ópera a la que únicamente le falta el argumento. Una ópera cargada de efectos y efectismos dramáticos que no me extrañaría, en esta época de adaptaciones, de transmutaciones y de piratería musical, que algún día, un desaprensivo utilizara el texto latino, como monstruo, para pergeñar un libreto, convirtiendo el «Requiem» en una nueva «Aida». Afortunadamente, mientras esto no haya sucedido, admiramos la obra en su versión original, aunque no podamos substraernos de su directa sugestión escénica. Verdi trata cada una de las partes de la misa —con una idea puramente superficial de la liturgia— como una sucesión de arias y concertantes, a los que el coro presta un fondo ornamental, adelantándose, a veces, hasta un primer plano, sugiriendo lo que para Verdi parece ser una imagen teatral, tanto si es el «Dies Irae», como el «Lacrymosa», el «Sanctus» o el «Liberame». Y en cada una de estas partes encontramos el Verdi más puro, con todas sus cualidades, especialmente su portentosa imaginación melódica y fecundidad dramática, y también con sus consabidas debilidades. Lo importante es que cuando estas debilidades o defectos se manifiestan, notamos que la personalidad del compositor se desvanece o se borra del todo. Así sucede, por ejemplo, cuando el artista parece haberse sometido forzosamente al estilo polifónico —opuesto al suyo— y se lanza a un fugado alegre y pintoresco en el «Sanctus», o vuelve a las formas de un constructivismo clásico en el «Liberame», escrito con anterioridad al resto de la misa y que resulta la página más floja, menos personal y la que mayormente se aproxima hasta el borde mismo de la vulgaridad. En cambio, en casi todo el resto de

la obra es admirable la espontaneidad expresiva y la gracia, sin profundidad pero con un vuelo lírico seductor, de la melodía utilizada sola o combinada en arias, concertantes y corales. Verdi compuso la casi totalidad del «Requiem» tres años después de «Aida». Las alusiones al estilo de esta famosa ópera son constantes en la primera parte del «Requiem». El brioso «Dies Irae» tiene muchas analogías con la marcha triunfal, y su trompetería podría ser la de Tebas, en vez de la que intenta sugerir la omnipotencia divina. El «Liber scriptus», el «Rex tremendae» y el bello «Recordare», parece que asistamos a la agonía de Radamés, puesto que son páginas que recuerdan extraordinariamente los momentos sobresalientes de «Aida». En el «Lacrymosa» culmina la primera parte del «Requiem». Este fragmento es preponderante en la obra. Resulta una página de gran efecto, ingenua en la intención, pero que sirve a maravillas para constituir un bellissimo «final de acto».

En la segunda parte —o segundo acto— si bien encontramos los formulismos menos interesantes del «Sanctus» y el «Liberame», llegamos a la verdadera cumbre de la obra que es el «Agnus Dei» que interpretan soprano y contralto al unísono sincronizadas con el coro y la orquesta. El momento es insuperado en toda la partitura y tal vez tampoco lo ha superado el mismo Verdi en ninguna de sus óperas.

La interpretación general

Para admirar, para valorar este «Requiem», es preciso admirar, valorar y estimar el arte de Verdi, que como todos los compositores de ópera deben juzgarse con una medida diferente que la utilizada para los autores de música pura. En cualquier caso, este «Requiem» es innegablemente superior a «Rigoletto», «Traviata» y «Don Carlos», equivalente a «Otello» y «Aida» y, tal vez, inferior a «Falstaff». Para quienes las obras citadas representan algo, la «Messa da Requiem» es y será siempre una partitura admirable, de un fácil y cautivador atractivo.

El «Requiem» ha encontrado esta vez en el maestro Luis M. Millet un defensor firme y entero que ha preparado sus «cantantes» hasta hacerles dominar la obra, que el «Orfeo» canta con exactitud poniendo todo el brío imaginable en los episodios de bravura y en especial en el «Dies Irae». Millet llevó con igual firmeza de mando la Orquesta, muy cohesionada y ductil, salvo en aquel endiablado pasaje final de violoncelos que no hay nunca manera de resolver correctamente.

La colaboración de los solistas vocales

Con el «Orfeo Català», que demostró estar en un momento excelente de preparación, cantó un buen cuarteto de solistas internacionales, conocidos en parte. La soprano Jacqueline Brumaire, que tan buen recuerdo dejó a propósito de las audiciones del «Stabat Mater», de Poulenc, con el mismo «Orfeo», en la obra de Verdi quedó un poco enjuta de estilo, como temerosa de abandonarse a la fluidez lírica de la melodía italiana. Josephine Veasey, que igualmente

había colaborado con nuestro «Orfeo» en la «Missa Solemnis», de Beethoven, ahora ha resultado la gran figura del cuarteto solista. Excelente de voz, con un agudo rotundo y de positivas calidades dramáticas, cantó su parte con evidente maestría. En el «Liber scriptus» se superó, intensificando los matices de su rica expresión vocal.

El tenor Murray Dickie tiene un historial de cantante sobresaliente. Su voz es limpia y lírica, pero en el estilo de Verdi no pareció estar centrado del todo y en algún momento se resintió de ello la exactitud de la entonación.

El bajo Frederick Guthrie fue otro de los puntales del cuarteto. Tanto por la calidad robusta y profunda de su timbre vocal como por la nobleza de su fraseo —perfectamente dramático y verdiano, sin rozar nunca el amaneramiento teatral—, se impuso claramente, muy en particular en sus dos espléndidos solos del «Tuba mirum» y «Confutatis».

Como ya he dicho, los aplausos a la obra y a los intérpretes fueron muy calurosos y el maestro Luis María Millet los hizo polarizar hacia todos los artífices de la interpretación: los cuatro solistas, la Orquesta, sus colaboradores, maestros Tomás y Llongueres, y la admirable centuria de «cantantes» a la cual, una vez más —por milésima vez—, los barceloneses hemos rendido homenaje.

Xavier MONTSALVATGE

Después de la solemne conmemoración de su concierto

NUMERO MIL

celebrado el viernes pasado en el Palau.

el ORFEO CATALA

al iniciar su segundo millar de conciertos, ofrece una segunda y última audición del

REQUIEM

de Giuseppe Verdi

Dir.: LL. M. MILLET

ORQUESTA SINFONICA

y la colaboración de los eminentes solistas

JACQUELINE BRUMAIRE

JOSEPHINE VEASEY

MURRAY DICKIE

FREDERICK GUTHRIE

PALAU DE LA MUSICA

Hoy domingo, a las 18'15 en punto

Localidades: En taquilla, de once a una de la mañana y a partir de las cuatro de la tarde

EL CONCIERTO NUMERO MIL DEL ORFEO CATALA



Anteanoche, en el Palacio de la Música, el Orfeo Català celebró su concierto número mil, con la interpretación de la Misa de Requiem, de Verdi. La velada resultó de una emoción extraordinaria y la audición que nuestra masa coral ofreció puede calificarse de memorable y modélica. En estas fotos vemos, en la núm. 1, el rutinizante aspecto que ofrecía el escenario durante la ejecución de la obra, y, en la núm. 2, al maestro Millet, al frente del Orfeón y de la Orquesta Sinfónica de Barcelona, con los cuatro solistas en primer término: la soprano Jacqueline Brumaire, la contralto Josephine Weasey, el tenor Murray Dickie y el bajo Frederick Guthrie

(Fotos Pérez de Rozas)

Vanguardia 15-3-64

la semana en **Libe**

Con motivo del Concierto número 1.000, los bisoños orfeonistas descubren que sus abuelos llevaban barretina.

MIL conciertos el Orfeo Catalá! Para solemnizarlos, amén de la interpretación del «Requiem» de Verdi, en la Sala Lluís Millet se ha montado una exposición conmemorativa del milenario.

Saboreando los documentos antiguos, el día de

—Usted no tiene idea de la responsabilidad que supone regir una sociedad con 11.000 socios —me dice Juan Antonio Maragall, quien ha vuelto a la directiva.

Octavio Saltor, con su innata efusión, me entera de que ha entrado también

el Figueras de aquellos tiempos...

En mil conciertos, la historia del país queda bastante reflejada. Conciertos en honor de miembros de la familia real, conciertos en la Cárcel Modelo, conciertos en Roma... Nuestro Orfeón decano ha estado siempre en la brecha del sentimiento popular.

Su actual director, el maestro Luis Maria Millet, muestra a unos amigos la fotografía del primer ensayo que dirigió. Hace casi cuarenta años, estaba hecho un chaval... El paso del tiempo no le ha restado agallas. ¡Al contrario!

—¿Cómo va, maestro, el «Requiem»?

—¿Cómo quiere usted que vaya? Bien.

Para la información periodística nuestro hombre resulta un hueso. Parco en palabras. Impermeable al cotilleo.

Es un artista que va a la suya, ajeno a cuanto se dice y se comenta. Pétreo, tenaz, ideal para acometer grandes empresas.

He creído inútil preguntarle si no le preocupaba el hecho de que el «Requiem» verdiano hubiera sido cantado hace poco tiempo en este mismo Palacio por otra masa orfeónica...

Probablemente opine que al Orfeo Catalá le tienen sin cuidado las comparaciones. Lleva a cabo su obra y en paz.

Realmente, la exposición de su Concierto número 1.000 es una invitación a la confianza. Invitación ilustrada con estampas conmovedoras. Cuando los orfeonistas, ellos con barretina y ellas con mantilla blanca, se retrataban en unas playas de la Costa Brava sin la menor señal turística; desfilaban por rústicas callejuelas de pueblos de montaña tras la «senyera»...



Los nietos del fundador del «Orfeo Català», el inolvidable maestro Millet, repasan una historia que les resulta familiar como a nadie. (Fotos Postluis)

la inauguración, estaban buen número de orfeonistas, que descubrían encantados la facha de sus ocho-centistas predecesores.

—¡Toma! Los hombres llevaban barretina... —oigo comentar.

—Sí, pero solamente cuando salían fuera de Barcelona —responde alguien probablemente no muy amigo del folklore.

De la barretina al vestido de Pertegaz para las orfeonistas puede medirse todo el ciclo vital de la gloriosa entidad.

a formar parte de la Junta, en calidad de vocal.

—Pero, ¿no lo eras ya?

—le pregunto, sorprendido.

—No, no lo era. Ahora sucedo a Federico Roda Ventura.

—Di que te ha tocado una vocalía jurídica...

Examinando viejos papeles, alguien descubre un concierto del año 1896 en Figueras, con «La Marseilles».

—No creo que la cantaran mucho —nota alguien—. Por lo visto, resultaba pieza obligada en

ESPECTACULOS

PALACIO DE LA MUSICA

EL «ORFEÓ CATALÀ» DIO ANOCHE SU CONCIERTO NUMERO MIL, BAJO LA DIRECCION DEL MAESTRO MILLET LA AUDICION DEL «REQUIEM», DE VERDI, CONSTITUYO UN SEÑALADO EXITO

índice de las actividades musicales, con tan decidida vocación desarrolladas por nuestra primerísima institución coral, desde su constitución, presenta gigantescas realidades artísticas.

Singularmente han sido de excelsa eficiencia las que ha dedicado —y prosigue «vivamente» su dedicación— al desenvolvimiento del arte coral.

Con motivo de celebrar el «Orfeó Català» —con la audición del «Requiem» de Verdi— su concierto número mil, hemos considerado sumamente propicio aprovechar este excepcional acontecimiento para ofrecer un sintético recordatorio de su triunfal historial artístico.

El «Orfeó Català» fue fundado el año 1891 por Luis Millet y Amadeo Vives, siendo aprobado el reglamento de la entidad el 17 de octubre del citado año. En principio, se instaló en la calle Lladó, fijando su local social el año 1893 en la calle de Cambios Nuevos; el 1894 en la calle Dufort, y, posteriormente, en la señorial Casa Moxó, de la plaza de San Justo, hasta entrar en posesión, definitivamente, de su sede solariega, ideada por el arquitecto Luis Doménech y Montaner, siendo inaugurado el «Palau de la Música Catalana» el 13 de febrero de 1908.

La «Senyera» fue bendecida ante la Virgen Morena por el obispo de Vich, doctor José Morgades, y apadrinada por el Conde de Güell, y su hija Isabel, el día 11 de octubre de 1896.

Habiendo celebrado su primer concierto en San Bernabé, el 5 de abril de 1892 —en el que interpretó «Ave rerum», de Mozart, y «Boda d'auells», de García Robles— desde este memorable acontecimiento, el «Orfeó Català» prosiguió imponiendo, con tesonera constancia, su potestativo arte coral. Triunfales han procelido siempre sus actuaciones realizadas en nuestra urbe y sus giras artísticas por buen número de poblaciones del principado y diversas ciudades hispanas, entre las cuales Mahispanas, entre las cuales Madrid, Valencia, Sevilla y Zaragoza.

También lleva conquistados señalados triunfos el «Orfeó Català» en la proclamación de su arte vocal allende las fronteras. Acontecimientos musicales de excepción constituyeron los conciertos que celebró en París, Londres, Roma —en Italia ofreció, últimamente, en carácter de estreno absoluto, la interpretación del poema sacro «El Pessabre», texto de Joan Alavedra, partitura

de Pau Casals— obteniendo ya un preciado galardón en el Concurso Internacional de Niza (noviembre de 1897).

Es imponente en número y calidad el repertorio que atesora en su archivo la admirable institución coral, constituido por obras originales de procedencia popular y religiosas, entre las cuales cabe citar los magnos poemas: «Pasión según San Mateo», «Gran misa en Si menor» y «Magnificat», de J. S. Bach; «Las estaciones», de J. Haydn; «Missa solemnis» y «Novena sinfonia» de Beethoven; los «Requiem», originales, respectivamente, de Mozart, Verdi, Saint-Saëns y Berlioz; los oratorios «Eltas», de Mendelssohn; «Galilea», de Gounod; «La nit de Nadal», de Joan Lamote de Grignon, y «Las bienaventuranzas», de César Franck; fragmentos de las óperas de Wagner: «Parsifal», «Lohengrin», «Tannhauser», «Los maestros cantores»; y obras diversas, de Palestrina, Victoria,

Lassus, Jannequin, Montes, Gluck, Haendel, Nicolau, Millet, Lluís Maria Millet, Vives, Pujol, Pedrell, Romeu, Clavé, Morera, Pérez Moya, Lambert, Manén, Granados, Grieg, Ricardo Strauss Tomás y Llongueres.

Entre las múltiples actividades desarrolladas con tan eficientes resultados artísticos por el «Orfeó Català», son de anotar también los concursos de composición, titulados «Festa de la Música Catalana», en los que fueron galardonados sobresalientes compositores.

Verdaderamente, presenta gigantescas realidades artísticas el historial de las actividades desarrolladas, desde su fundación, por el «Orfeó Català», cuya dirección ostenta, desde el año 1946, el maestro Lluís Maria Millet.

Lo que fue el concierto

Como en pocas oportunidades, es de justicia consignar que fue un

acontecimiento musical de excepción el concierto número mil de la serie celebrada anoche en su mansión social por el «Orfeó Català», a base de la audición del «Requiem» de Verdi. En sus diversas manifestaciones expresivas, esta interpretación verdiana procedió insuperablemente acertada. El dramático planteamiento discursivo del poema sacro, con sus imponentes conjugaciones polifónicas, graves «corales», y devotos melodismos, quedó en la mayor comprensión por las vibrantes traducciones realizadas por sus intérpretes, llevando por heraldo al maestro Lluís Maria Millet. ¡Con qué elocuencia impulsó su magisterio conductivo el insigne artista; qué oportunas fueron siempre las indicaciones expresivas que proclamara desde su sitio de honor!

Así, la primordial intervención de la institución coral en la audición del «Requiem» verdiano constituyó evidente testimonio de las múltiples posibilidades declamatorias de la agrupación de voces mixtas. Actuando en perfecta conjunción vocal y sensitiva, los cantores presentaron unas coloristas traducciones de los polifonismos de la obra, exaltando solemnemente el poético proceso de la «Sequentia», y declamando en «pianissimo» los devotos corales.

El cuarteto de solistas vocales estuvo constituido por Jacqueline Brumaire, soprano; Josephine Veasey, contralto; Murray Dickie, tenor, y Frederick Guthrie bajo. En posesión, todos ellos, de facultades vocales de armoniosa sonoridad en todos sus registros, cuyas conjugaciones apoyan en procedimientos técnicos de la mejor bondad, sus líricas declamaciones procedieron elocuentemente expresadas.

Oportunos fraseos asignaron a sus dicciones de los melodismos, cuyas traducciones tuvieron confianza. En sus acciones traductivas, sintieron cordialmente lo que expresaban, haciendo gala de sus tecnicismos vocales en las comprometidas vocalizaciones que practicaron interpretando el «Offertorium». Excelentes «virtuosos» en sus respectivas particularidades vocales, son los citados artistas.

También destacó, de esta audición verdiana, la cooperación interpretativa aportada por la Orquesta Sinfónica de Barcelona.

Numeroso concurso de filarmónicos hizo acto de presencia en este solemne festival coral conmemorativo celebrado por el «Orfeó Català», proclamando sus demostraciones admirativas con abundantes salvas de aplausos. El maestro Millet atendió desde el hemisiclio, en unión de los subdirectores del «Orfeó», maestros Tomás y Llongueres y de todos los intérpretes, el homenaje tributado por los asistentes.

A. CATALÀ

Concierto en el Ateneo Barcelonés

Hoy, a las 19'30 horas, en colaboración con Juventudes Musicales de Barcelona, celebrará un recital de piano Antonio Besses, interpretando obras de Brahms, Massia, Mompou, Zamacois y Albéniz.

Velada teatral en la Facultad de Ciencias

Hoy, sábado, 14, a las seis de la tarde, el Primer Grupo de Selectivo de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Barcelona pone en escena la obra de Georg Büchner, «Leonci i Lena» (en catalán). Local, Orfeó Gracienc, Asturias, 83. La representación corre a cargo de la «Escola d'Art Dramàtic Adrià Gual».



GRAN TEATRO DEL LICEO

EXTRAORDINARIA TEMPORADA DE PRIMAVERA

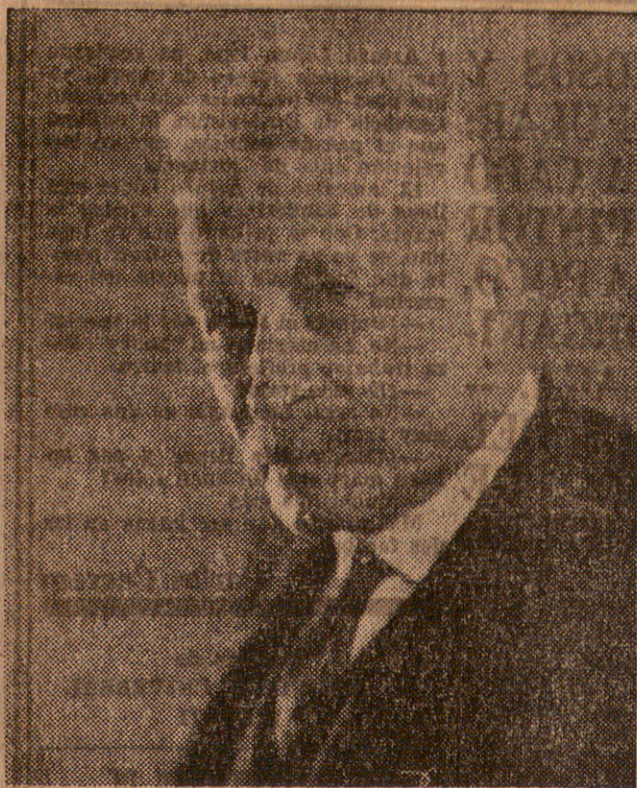
con la actuación del

LONDON'S FESTIVAL BALLET

«La más importante Compañía
Privada Internacional»

DOCE PRIMERISIMOS BAILARINES Y LA COLABORACION ESPECIAL DE LAS PRIMERAS BAILARINAS DE LA OPERA DE HELSINKY Y HAMBURGO, EL PRIMER BAILARIN DE LA OPERA DE VIENA, LA PAREJA ESTELAR DEL BALLET OFICIAL DE BUDAPEST Y LOS PRIMEROS BAILARINES DEL BALLET NACIONAL DEL CANADA Y DEL BALLET NACIONAL DE WASHINGTON

Continúa abierto el ABONO en la Administración del Teatro



Luis Millet, fundador y primer director del "Orfeo Català"

EL "ORFEO CATALA" celebró anoche su concierto número mil

La interpretación del «Réquiem»
de Verdi constituyó un acontecimiento triunfal e inolvidable

El maestro Millet, los cuatro
solistas: Jacqueline Brumaire,
Josephine Veasey, Murray
Dickie y Frederick Guthrie,



Luis María Millet, director del "Orfeo Català" desde 1946

"cantaires" y Orquesta Sinfónica obtuvieron clamorosas ovaciones

[13 de marzo de 1964: He aquí una fecha a añadir a las efemérides memorables grabadas en el libro del glorioso historial del "Orfeo Català". Es la del concierto número mil de nuestra primera agrupación coral, que durante más de setenta años de existencia no ha decaído ni un momento en su admirable y ejemplar labor artística y a la vez educativa del pueblo, inflamada del espíritu que le inculcó su fundador, aquel gran apóstol de la canción que fue el maestro Luis Millet, y que ha cuidado de mantener e incluso de vigorizar su hijo, Luis María. Porque éste, desde que fue nombrado director del "Orfeo", en 1946, dando comienzo a su misión con unas modélicas audiciones del "Réquiem" de Mozart y "Jesús, jola meva", de Bach, ha puesto su inteligencia y su voluntad, con toda la fervorosa dedicación de su alma, en lograr el mejor rendimiento de los "cantaires", mediante ensayos y más ensayos, fatigosos pero necesarios, y sirviendo siempre al propósito de hermanar los latidos de la canción popular de nuestra tierra, con los acentos solemnes de las obras maestras de los grandes compositores.

Así ha sucedido, en efecto, pues a las citadas audiciones iniciales de la nueva etapa del "Orfeo Català" se añadieron en años sucesivos las memorables del oratorio "Elias" de Mendelssohn, la "Misa en si menor" de Bach, el "Requiem" de Fauré (con el ya mencionado de Mozart), "Las estaciones de Haydn", la "Novena Sinfonía" de Beethoven, "La Pasión según San Mateo" del cantor de Leipzig, el "Stabat Mater" de Poulenc y la "Missa Solemnis" del genial sordo de Bonn. Sin olvidar otras obras de menor extensión, pero de evidentes valores polifónicos y emotivos, de Victoria, Palestrina, César Franck, Berlioz, Hindemith, Canteloube, Refice, Rodrigo, P. Donostia, Francisco Pujol, Luis Millet, Nicolau, Juan Marín, Sancho Marraco, Toldrà, Luis María Millet (de éste, en primera audición, "In Paradisum"), José María Roma, Mompou, Montsalvatge, Pérez Moya, Taltavull, A. Planas, R. Subirats, Comella, Juan Tomás, Pedro Vallribera, José Jordi Llangueres (estreno de su "Oh bon Nadal!"), Zamacois, etc.

Resumiendo, como dice Joan Sapeiras, poeta tan lírico como sensible, en "El meu llibre de l'Orfeo Català", el maestro Luis M. Millet ha estudiado siempre las obras que dirige muy a fondo, asimilándose mentalmente y trabajando en conjunto hasta que el intelecto y el sentimiento "fan un sol bloc". Y con una memoria prodigiosa... Estas dotes extraordinarias han sido apreciadas no sólo en Barcelona y en nuestra región, sino en los históricos viajes del "Orfeo Català" a París, Roma y Madrid, con las audiciones de la "Misa en si menor", de Bach, "El Pessebre", de Pablo Casals y la "Missa solemnis", de Beethoven.

En todo ello ha contado el maestro Millet con la valiosa y eficaz colaboración de los subdirectores del "Orfeo", maestros Juan Tomás y José Jorge Llangueres.

BRILLANTEZ DE LA SALA Y EMOCION EN EL PUBLICO

El Palacio de la Música registró anoche el lleno esperado para este concierto número mil del "Orfeo Català". La emoción estaba latente en el público ya antes de dar

comienzo la memorable audición.

Una hilera de rosas, con claveles rojos en el centro, aureolaban las candelas del escenario. Nosotros llegamos con tiempo para leer, primero, con deleite, el lujoso programa editado en tan solemne ocasión, artísticamente ilustrado y con un magnífico comentario del ilustre musicólogo José Subirats, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, sobre Giuseppe Verdi y su "Missa de Requiem". También tuvimos en nuestras manos el número extraordinario del "Boletín" del "Orfeo", con un resumen del historial artístico de la gloriosa institución, desde que fue fundada, en 1891, por Luis Millet y Amadeo Vives, de quien se estrenó en uno de los primeros conciertos íntimos, "L'Emigrant". No deja de consignarse aquella primera excursión triunfal del "Orfeo", a París y Londres (1914), cuyo cincuentenario se cumple precisamente en este año.

Al aparecer en el hemisclio los doscientos "cantaires" del "Orfeo Català" y seguidamente el maestro Luis M. Millet, y los cuatro solistas extranjeros, estalló una frenética y prolongada ovación

LA "MISA DE REQUIEM" DE VERDI

Ya en reciente ocasión enjuiciamos la "Misa de Requiem" de Verdi, dedicada a la memoria de su amigo Alessandro Manzoni y estrenada en la iglesia de San Marcos de Milán el 22 de mayo de 1874, bajo la dirección del propio autor, como sucedió poco después en las tres representaciones de la obra en la "Scala". Entonces subrayamos lo que ya se había dicho de este "Requiem" sobre su carácter poco litúrgico e influenciado evidentemente por el estilo operístico, que no fue privativo de Verdi, sino de los demás compositores del siglo romántico e incluso del anterior, lo que motivó el famoso "Motu Proprio" de Pio X (1903) en el que se proclamó la necesidad de renovar la música eclesiástica en el sentido de que no distrajera la atención de los fieles y sirviera sólo a un principio fundamental: la gloria de Dios y la santificación de aquéllos. Para ello debería servir de modelo el canto gregoriano y la polifonía clásica. Estas instrucciones de aquel santo Papa han sido seguidas en nuestro país por el padre Donostia y la "Schola Cantorum" de Comillas y por nuestros nonjes benedictinos de Montserrat.

Hemos de reconocer, sin embargo, que aunque en el "Réquiem" de Verdi impere el efectismo teatral, fruto del temperamento ardientemente latino de su autor, con evidentes reminiscencias de "Aida", "Il Trovatore" y "La Traviata", especialmente en las intervenciones del cuarteto solista, no dejan de acusarse rasgos emotivos, cercanos a lo litúrgico, como sucede en los dos extremos de la obra, es decir, en su suavísimo comienzo de las voces del coro con la orquesta, antes del estallido del "Dies irae", y en el dulce final del "Liber Me", que llega a conmover por su evidente unión religiosa. También hay detalles próximos a lo sacro en parte de las intervenciones solistas, como en el inicio del "Agnus Dei", por la soprano,

la contralto y el tenor, en todo el "Domine Jesu" con los matices del cuarteto solista y el acompañamiento de la madera; y en los bajos del coro en el citado "Liber Me", que recuerdan algo del "Miserere" de "Il Trovatore".

LA MAGNIFICA INTERPRETACION

A lo largo de toda esta histórica interpretación y merced a las apuntadas dotes directrices del maestro Luis María Millet, todo corazón y entusiasmo en su labor, podemos calificar de modélica, insuperable, la actuación del "Orfeo Català" y de los cuatro prestigiosos solistas, dos de ellos ya conocidos nuestros: la soprano francesa Jacqueline Brumaire, intérprete solista del "Stabat Mater" de Poulenc, con nuestro "Orfeo", en 1958 y 1960; y la contralto Josephine Veasey, de inolvidable actuación en la "Missa Solemnis" de Beethoven, durante el pasado año. Si la primera conmueve por la delicadeza de su timbre, especialmente en la región aguda, la segunda posee, en verdad, unas dotes excepcionales para el matiz, merced a la ductilidad de su registro. Completaban el cuarteto otros dos eminentes artistas: el tenor Murray Dickie, de la Opera de Viena, que venció con su voz clara, potente y bien timbrada las dificultades de su parte, sobre todo en el "Ingemisco", y el bajo norteamericano Frederick Guthrie, también de la Opera de Viena, que une al vigor y al buen "vibrato" de su voz un temperamento sensible, puesto de manifiesto en todas sus intervenciones.

¡Y qué diremos de los simpáticos y esforzados "cantaires"! Todos ellos, jóvenes y viejos, de uno y otro sexo, conscientes de la responsabilidad del momento, siguieron con la mayor devoción y cuidado las consignas del maestro Millet, unidos en matiz y fervor, por lo que consiguieron una homogeneidad de conjunto insuperable. ¡Logradísimos los dulces acentos que ya hemos citado del comienzo y del final! ¡Qué pianísimos más emotivos, igualadas todas las voces en intensidad vibratoria! Y luego, insuperable también el estruendo del "Dies irae" —que reaparece hacia el final, al modo cíclico—, así como la agilidad vocal de conjunto en el movimiento fugado del "Sanctus". En fin, hubo en todo momento el mayor logro en la gradación de matices.

A subrayar, igualmente, la magnífica actuación de la Orquesta Sinfónica, integrada por nuestros más prestigiosos profesores, que mostraron excepcionales dotes, tanto en intervenciones individualistas y de secciones, como en las de conjunto. En los "pianísimos" en el estrepito del "Dies irae" (con cuatro trompetas internas a modo de réplica de las otras cuatro de la orquesta); en toda la variedad de contrastes que ofrece el "Réquiem" verdiano, estuvieron a la misma altura de los cuatro eminentes solistas y del coro. De ahí, el resultado triunfal de este memorable concierto número mil de nuestro glorioso "Orfeo Català", subrayado por tan nutridos y cálidos aplausos del enfervorizado público, que obligaron a salir repetidamente a saludar al maestro Millet, en unión de los cuatro solistas y de los subdirectores del "Orfeo" maestros Tomás y Llangueres. Y con los "cantaires", todos los profesores de la orquesta, puestos en pie.

Manuel R. de Llauder



Alessandro Manzoni y Giuseppe Verdi, que dedicó a la memoria de aquél su «Missa de Requiem». (Postal de la época.)

Curiosa coincidencia:
**LA ORQUESTA NACIONAL DE MADRID,
COMO EL "ORFEO CATALA", CELEBRO
ANOCHÉ SU CONCIERTO NUMERO MIL**
El maestro Carl Schuricht fue aclamadísimo
en unión de todos los intérpretes

Madrid, 14.—(Crónica del crítico musical de Cifra, Fernando López y Lerdo de Tejada).

Ayer celebró la Orquesta Nacional una importante efeméride en su vida musical: los XX años de conciertos en el Palacio de la Música, que suman 431, con un total de mil, contando los celebrados en otros locales. El domingo celebrará un nuevo concierto con un bonito capicúa, el 1.001.

Para esta conmemoración feliz se invitó, una vez más, al maestro Carl Schuricht, quien ha repetido el mismo programa que ofreciera a los aficionados madrileños cuando se presentó por vez primera en Madrid: "Egmont", "Obertura de Beethoven", "Serenata número 6" y "Sinfonía Haffner" de Mozart, para cerrar con la "Primera Sinfonía" de Brahms. No estuvimos en aquel concierto, pero hemos estado en otros. El maestro aparece como cansado, falta de energías, pero al subir al "podium" para dirigir su concierto, parece que se transfigura y se torna juvenil, como si sobre sus piernas no descansara un cuerpo que cuenta con más de 80 años. Se muestra con vitalidad y la orquesta le mima, le quiere y admira. Todos se complacen en agradecerle, en atender todas sus indicaciones con verdadera idolatría.

Las manos del maestro Schuricht parecen hablar y más hablar, y las deliciosas "violinadas" de Brahms parecen más líricas que en otras ocasiones. No vamos a entrar en disquisiciones, ni comentarios de discriminación, pues sería repetir lo mismo para cada una de las obras que hemos escuchado ayer tarde. Al final del concierto, una

clamorosa ovación estalló atronadoramente. Pocas veces el público del Palacio de la Música se vuelca de entusiasmo como lo hizo hoy, puesto en pie y sin abandonar sus localidades, mientras el maestro saludaba emocionado, sus ojos brillaban con un tintineo conmovedor, viendo aquella masa que le vitoreaba con veneración filial. Seis minutos ha durado esa ovación postrera, que se repetirá en el Monumental Cinema, ampliándose al doble su duración. Ha sido una jornada memorable y estas casi bodas de plata de la orquesta nacional de España se han celebrado con toda brillantez.

La Orquesta, ya lo hemos dicho, se ha volcado en atenciones para el maestro, ha querido que todos los honores fueran para Schuricht, pero él obligó a los profesores de la Orquesta a que se pusieran en pie y compartieran los aplausos que el público le tributaba como prueba de cariño y admiración.

Conferencia de Xavier Montsalvatge en el Conservatorio Superior Municipal de Música

El próximo miércoles, día 18, el ilustre compositor y crítico musical Xavier Montsalvatge, disertará, en el Conservatorio Superior Municipal, sobre el tema «Ricardo Strauss, en el centenario de su nacimiento». La conferencia será ilustrada por medio de discos y dará comienzo a las siete de la tarde. La entrada, por invitación.

3-4-64

E
DS

BARCELONA

Y NOTICIAS

MUNTANER, 49 (11)
Teléfono 253 74 00
Precio DOS pesetas
Depósito legal: 3080-1938

UNA DINASTIA MUSICAL EGREGIA

Por Octavio Saltor

QUIENES hayan asistido alguna vez a los ensayos del «Orfeo Català» dirigidos por el maestro Lluís Maria Millet, se habrán sentido, sin duda, sobrecogidos. Por el privilegio que implica ser admitidos en el ámbito casi sagrado del recinto íntimo de los coristas, hasta compartir literalmente las incidencias secretas de la preparación de un concierto vocal. Pero también por quedar impresionados ante la implacable fiereza, ante la áspera exigencia, de su director. De todos modos, esta visión casera del maestro halla una transmutación auténticamente redentora, cuando, como resultado de aquel agotador trabajo preliminar, los estrenos resultan éxitos, de público y de crítica. El lento y laborioso ritmo de los ensayos, se trueca, entonces, en una verdadera apoteosis continuada, sin fisuras ni alteraciones. Como una unidad de creación completa. Como si el coro no repitiera unas notas ensambladas, preestablecidas, sino que alentara una versión inédita, en armonía de ángeles y de hombres. Tal ha sido, por lo menor, para nosotros, profanos, la conclusión contrastada que va del ensayo al estreno, y de uno a otro maestro Lluís Maria Millet, siendo único.

Nos apresuramos a rectificar este último aserto. Lluís Maria Millet es el maestro actual, en su plenitud de responsabilidad musical activa. Pero él integra una dinastía de los mismos nombre y primer apellido. Hubo, antes que él, un Lluís Millet Pagés. Le sigue un Lluís Millet Lores. Ahora que este jovenísimo músico acaba de ganar una beca March para estudios superiores de dirección musical en Munich (tras sus campañas, ahora interrumpidas, como batuta directriz de una breve formación de muchachos ejecutantes), podemos decir que la dinastía se configura en sus tres generaciones. Y vale la pena de subrayarlo, como corolario indirecto de esta audición número mil, recibida con tanto entusiasmo por los oyentes en la sede corporativa, el palacio modernista que se ha estabilizado como continente de la mayoría de actividades musicales barcelonesas.

Como es sabido, el «Orfeo Català» quedó fundado el 15 de septiembre de 1891, por los

maestros Amadeo Vives y Lluís Millet, que pasó a dirigirlo. ¿Con qué espíritu? «Som germans pel cant!... I aquest cant l'hem d'encomanar a tothom que ens volta.» Este designio fue servido por aquel virtuoso (en humildad tanto como en vocación artística) varón de Dios y de su tierra, que compuso, hondamente presentidas e inspiradas, tantas composiciones para su elenco vocal, y que incorporó al mismo las mejores páginas de los mayores creadores de la música de todos los tiempos. Millet moría en 1941, pero su hijo, Lluís Maria, accedía seguidamente a la subdirección, ascendida en dirección en 1948, un año después de la muerte del maestro Pujol, que empuñó la batuta huérfana en aquel interregno. Ahora, cada vez que Lluís Maria Millet levanta los brazos al aire, al corresponder a las ovaciones de sus fieles oyentes, en un gesto suyo característico, a la vez de júbilo, de gratitud y de homenaje, todos los allí congregados (tanto en la sala como en el estrado) sentimos, con un escalofrío sensible, que aquel «sursum!» viene a resumir la lección imperecedera, la voluntad perseverante, el simbolismo viviente, de un fundador, unos seguidores y un pueblo, hermanados en comunión solidaria de anhelos, certidumbres, esperanzas, ilusiones, trabajos y glorias.

Son frecuentes, en Cataluña, estas radicaciones familiares, que no obedecen a una vinculación arbitraria sino a un genio transmitido. Este es el caso del abuelo, del padre, del hijo Millet. Incluso físicamente, en el último revive el primero. Pero tales semblanzas no empañan la individualidad, que la tradición hace consecutiva, pero no idéntica. ¿Cuántas anécdotas podríamos contar del fundador y primer director del «Orfeo»? Los libros de Emili Vendrell, de Miquel Saperas, sobre uno y otro, pudieran ser apostillados por muchos de nosotros, de vida cronológicamente casi tan larga como lo que va de siglo, y, sobre todo, por los supervivientes de la etapa fundacional. Cuando el epistolario de Lluís Millet Pagés pueda ser publicado; cuando la intensa colaboración reverencial (catacumbal, podríamos añadir) entre el felipense P. García Estragués y el gran músico fenecido, para rehacer en el pueblo descristianizado por la revolución antirreligiosa la costumbre de la plegaria, pueda ser enteramente conocida; cuando la biografía íntima de Lluís Millet pueda completar los datos aportados por la de García Venero; cuando el volumen «El nostre ideal», aparecido en 1917 pueda ser reeditado con el material, anterior, y sobre todo posterior, desconocido, se verá hasta qué punto Lluís Millet puede y debe ser integrado en el ciclo humano de patricios educadores ejemplares, que van desde eclesiásticos como Morgades y Torras i Bages, hasta seculares como el arquitecto Gaudí, o el pintor Llimona, o el médico Robert, o el jurista Abadal, o el poeta y periodista Maragall, o la señora Bonnemaison. Una pléyade señera en la catalización de los valores espirituales perdurables de la colectividad a que pertenecieron y que, por ellos precisamente, llegó a ser (y pudiera ser de nuevo, todavía) tanto como ciudad de aquellos hombres, ciudad de Dios.

Homenaje a T O L D R A

Rtmo - Octubre. Mañana 62

El primer concierto de otoño de la Orquesta Municipal estuvo dedicado a honrar la memoria del que fue su Director, nuestro inolvidable Toldrá, e integrado exclusivamente por obras suyas. La Orquesta interpretó la sardana *Empúries*, y a continuación, Montserrat Caballé interpretó varias canciones de Toldrá, acompañada por la Orquesta. Oyendo aquellas canciones sutiles, perfumadas, íntimas, exquisitas, en la voz pura, flexible y emocionada de Montserrat Caballé, anotamos en nuestro programa: «Una aurora boreal»; tal era la sensación de un celestial y mágico espectáculo de formas y colores, convertidos en sonido. Luego Antonio Fernández-Cid hizo una evocación de Toldrá, inspirada, apasionada, cálida y vibrante, y levantando en alto una de sus partituras acabó pidiendo una ovación para el inmenso músico desaparecido. La ovación estalló imponente, todo el mundo en pie y con lágrimas en los ojos. Después escuchamos *Vistes al mar*, en versión para orquesta de cuerda, realizada por Rafael Ferrer, con tanto acierto técnico como amor y veneración por el que fue su maestro. Ferrer escuchó siempre muchos aplausos, que, visiblemente emocionado, procuró esquivar con hermosa modestia, transfiriéndolos a las partituras. Finalizó el concierto-homenaje con la actuación del Orfeó Català que, bajo la soberbia batuta del maestro Millet, interpretó *Set cançons populars catalanas*, algunas de las cuales hubieron de ser repetidas, en medio de enervados aplausos, mientras Millet levantaba en alto las partituras. Este homenaje se repitió el domingo por la mañana, con idéntico programa.